ESTHER GARCÍA LLOVET

Los guapos



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

ESTHER GARCÍA LLOVET

Los guapos





ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

ESTHER GARCÍA LLOVET

Los guapos





ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

1

Blancas, grises y rubias de bote, feas, las mechas de Ocho el gato montés se enredan en un torbellino de pelo largo y sucio, tieso, a cada voltereta escupe agujas de pino y hierba, cáscaras de piña seca. Ocho se retuerce, se araña la cabeza intentando arrancarse una corona de cartón del Burger King ajustada con una goma bajo las orejas mordidas en cien peleas de gasolinera de carretera, se encoge, salta otra vez, se aparta la corona hacia atrás, estira el cuerpo erizado como de un calambrazo, al borde de la piscina donde las gotas de lluvia fina, estrecha, repican y estallan contra la superficie como agua hirviendo. Hojas secas, colillas. Tapones de cerveza. Ocho suelta un bufido. Golpea la cabeza contra el suelo de cemento y la corona se desprende, sale disparada. Ocho se queda quieto de golpe, inmóvil, duro. Tiene un ojo rojo, se lame un raspón, enseña los dientes, el colmillo de oro. Mira a un lado y a otro lado, se da cuenta de que está lloviendo a mares, se aleja ligero, elástico, silencioso hacia el fondo del camping inundado y desierto. Es octubre.

La corona se queda hecha pedazos, ahí tirada, como las otras veces.

2

–Esta broma la van a pagar muy cara.

Eso ha oído Adrián a su espalda. A su espalda, detrás de él, ahí de pie al borde de la carretera de quinta división, de dos carriles malamente parcheados, y por la que en el rato que lleva no han pasado más que un camión renqueante cargado de calabazas de los hermanos Grimm y un Tesla a mil, y muchas motos, lo que tiene es la enormidad salvaje de la Dehesa en el Parque Natural de la Albufera, la Gran Pinada, el Parque Jurásico mas grande del Mediterráneo. Que empieza sin compasión, a lo bestia, en el mismo bordillo de la acera encharcada. Mira detrás de él para ver quién ha hablado pero es imposible que haya nadie ahí, dentro de la arboleda de pinos. La vegetación es tan abundante que apenas cabe un brazo. Una espesura húmeda, pulposa, desordenada, con velos sucesivos de sombras cada vez más densas incluso ahora, a plena luz del mediodía valenciano. Una penumbra que se lo traga todo salvo el sonido, las voces que rebotan contra la empalizada de maleza. Así que ha sido un eco, lo que ha oído Adrián. Se vuelve a mirar al otro lado de la carretera donde justo enfrente hay un hombre de unos setenta y una niña saliendo de un camping.

–No es una broma –dice la niña–. Es un misterio.

–Cada día estás más chalada.

Los árboles devuelven otra vez el eco de sus voces adolescentes, aunque ninguno de los dos lo sea. Adrián les lanza un silbido, levanta el brazo, lleva un billete de cincuenta en la mano:

–¿Tenéis cambio?

El hombre, alto, puro hueso, con el pelo blanco recogido en una coleta y unas gafas de mil dioptrías, tarda unos segundos en contestar.

–Mira a ver en la gasolinera –le dice señalando hacia atrás, luego se vuelve a la niña y echan a andar hacia la parada del bus, los dos con las manos en los bolsillos–. Un misterio, dice. Otra tontería como esta y aquí arde Roma.

Adrián cruza la carretera en dos zancadas y llega a la entrada del camping, Camping El Saler, desde donde alcanza a ver una piscina de

dos por dos rodeada de siete palmeras anoréxicas y unos columpios solos. El recinto está rodeado de una verja de alambre combada hacia fuera, parece a punto de reventar, como si contuviera algo enorme que creciera ahí dentro. Adrián bordea el camping en dirección a la gasolinera donde espera poder cambiar este billete de cincuenta que lleva media mañana intentando cambiar y no hay manera, lleva ya un buen rato aquí, en El Saler, buscando cambio para una máquina de tabaco, seguro que en la gasolinera también encuentra una máquina de fumar, aunque la máquina de fumar sea él. Se le están empapando los bajos de los pantalones, de lino, las zapatillas no digamos. Cómo es que no le han cambiado su billete de cincuenta en el restaurante de las paellas, con lo caras que eran, ha estado tentado de pedir un Abanda pero después de ver los precios se lo ha pensado mejor. Este es el último billete de cincuenta que le queda. Tiene algunos más, pero de cinco, calientes y blandos, bien guardados en el bolsillo de atrás. Y eso es todo.

El camping, ahora que se fija, está desierto. Parece un plató de cine. Está desierto pero se oyen voces en otro idioma, el maullido de un gato. Adrián camina hacia el final de la verja, que desemboca en otra carretera en paralelo a los arrozales y el horizonte. Plano y quieto y como aplastado bajo la gravedad de las nubes pesadas de tormenta. El arroz está crecido. Se agita con el viento, en ondas que hacen brillar las hojas húmedas. A la derecha, a tiro de piedra, está la gasolinera. A la izquierda y a unos doscientos metros hay un grupo de personas, diez o doce, reunidas en el arcén, mirando hacia el arrozal como la gente se reúne cuando ha habido un accidente. Han dejado un par de coches mal aparcados, con las puertas abiertas, y sobre el asfalto unas bolsas de la compra como si les hubiera pillado a todos algo por sorpresa. Adrián mira hacia el arrozal pero no hay nada que ver. Se dirige hacia la gasolinera, con su billete de cincuenta liso y planchado como todos los billetes de cincuenta. Entonces oye las carcajadas a su espalda. El grupo se está dispersando. Unos empiezan a subir al coche, arrancan, se van, otros echan a andar entre risas frescas, descaradas, valencianas. Solo queda una persona al borde del arcén. Una mujer del grupo camina en dirección a Adrián con su perro de aguas bajo el brazo. Es una señora muy grande pero mira qué deprisa viene. Cuando pasa junto a Adrián lo mira y se echa a reír como si Adrián estuviera también al tanto del chiste del pueblo, que debería saber.

El tipo que se ha quedado solo junto al arrozal, sin embargo, no se ríe de nada. Adrián, en un impulso o corazonada muy raro en él, decide ir a la gasolinera más tarde y se dirige sin pensarlo hacia el hombre del arrozal. Va de pantalón de chándal y sudadera negros, todo le queda un poco corto y es muy joven. A medida que se acerca le recuerda a

un personaje de cuadro romántico alemán, estos hombres de espaldas, despeinados, la levita negra al viento, mirando hacia acantilados de mármol o islas de hielo o bosques de luto, pero lo que este chaval está mirando no es nada de eso. Lo que está mirando, con los brazos cruzados y la capucha puesta como un rapero, es un crop circle del tamaño de una cancha de tenis.

3

La primera vez que Adrián oyó hablar de los crop circles, o los círculos de sembrado, como decía su amigo el abogado, fue en un coche camino de Madrid, a las seis de la madrugada de la noche en la que el huracán Gloria atravesó España llevándose todo por delante. Perros, cipreses centenarios, restos de historia del siglo XXI, lejos. El coche circulaba con el viento de frente y cuando disminuían la velocidad el morro se levantaba peligrosamente del asfalto, así que iban como a ciento cincuenta por hora aunque tampoco su amigo, que conducía, se enteraba mucho ni del huracán ni de la velocidad ni de nada. Venían de una noche de ayahuasca. Adrián había ido a la sesión porque llevaba una temporada larga oyendo hablar del retorno vintage de la psicodelia californiana, tan setentera, tan MIT. Microdosis de hongos, de LSD, de psilocibina, de ketamina también había microdosis. Así que ya había pillado ganas de una sesión alucinógena para ver qué se cocía además de las raíces, y si había pasta ahí, claro. Se había rajado en el último minuto alegando que era hipertenso para salvar un poco la cara pero tanto su amigo el conductor como el chaval que iba sentado detrás habían tenido sus nueve horas de viaje psicotrópico, cósmico, y ahora miraban con esos ojos. Esas pupilas deslumbrantes, clarividentes, espejos en la nieve, tan luminosas que muy bien podrían circular sin los faros encendidos. Hablaban, su amigo el abogado y el chaval, con esa locuacidad sinestésica y desbordante de los que toman ácido, las palabras se desplegaban de sus bocas en largos bucles de pergamino púrpura y dorado como en los códices medievales, plenos de sabiduría natural. Romantizamos el pasado, romantizamos el futuro, pero estos dos ayahuasqueros de verdad romantizaban el momento, el presente, el ahora. Los últimos románticos, eso le parecieron a Adrián.

Estaba a punto de dormirse en el coche cuando su amigo el abogado, un abogado un tanto marrullero que se manejaba con bitcoins y NFT, empezó a hablar de los crop circles.

–¿Los qué?

–Los círculos, los círculos mágicos, joder, los de la peli del indio. Los círculos que aparecían en los sembrados, aquí no hubo nada de eso pero en Inglaterra, en Estados Unidos, sí. Ahora ya no. No salen. En los ochenta sí, en los noventa más o menos. En los ochenta había de

todo, pero de verdad, en la realidad, no como ahora, pasaban cosas, la vida era más sencilla pero no más fácil de entender, mira el pinball, había azar entonces, ahora con internet se queda todo clavado con chinchetas para mil años, antes había eso, azar, sorpresas, cosas inesperadas, los círculos de los ochenta ahora habrían durado tres días. Ni uno más. Salían en el campo. En Inglaterra, los ingleses siempre tan excéntricos, los suecos también, pero los ingleses, mucho más.

Adrián buscó en su móvil. Ahí estaban las fotos. Los círculos. En medio del campo, en los sembrados. Círculos solos o contenidos dentro de otros, laberintos, espirales, estrellas unidas entre sí, en extensiones enormes de campos de trigo, de maíz, de alfalfa. La peli del indio también estaba, y un montón de vídeos de YouTube de gente diciendo que eran obra de cuatro gamberros del pueblo y otro montón de vídeos de gente diciendo que eran obra de extraterrestres, su vocabulario, mensajes en clave que teníamos que descifrar.

Cuando levantó la vista del móvil ya estaban llegando a Madrid, que seguía milagrosamente en su sitio. Su amigo no había dejado de hablar de los crop circles, decía que siempre le parecieron un truco de magia, que como en los trucos de magia el truco ahí es una maniobra llamativa para distraernos de lo que de verdad es importante, y lo que ocurre de verdad no lo sabemos hasta el final. Adrián estaba por preguntarle qué es eso que podría ser lo más importante cuando llegaron a su casa, a su piso de soltero en Argensola, del que debía cinco meses de alquiler.

Se levanta muy pronto. Ha dormido en el coche –un Mini Cooper de 2012, de cuando las vacas gordas–, pero apenas tres horas, y a eso de las siete ha conducido hasta el campo de arroz. Plano y suave y despeinado como el pelo de un gato. El cielo está blanco, mullido, con venas transparentes por las que quiere entrar la luz del sol. Adrián se sube al techo del coche para ver mejor los círculos. Los cuenta con el dedo: once, en un patrón de estrella. Los campos de alrededor están intactos, al fondo hay una chimenea de ladrillo industrial, una de tantas del paisaje de la Albufera, y mucho más a lo lejos se recorta la ciudad de Valencia como un enorme crucero encallado.

Adrián sale del coche y salta el canal y se queda ahí un momento, inmóvil. Mira a su alrededor a ver si hay moros o piratas turcos en la costa valenciana y entonces pone el pie, una Birkenstock talla 43, en el borde del círculo. Espera unos segundos y cruza el límite. Da unos pasos. Nada. Bien. Las plantas están aplastadas siguiendo una espiral perfecta, se hunden delicadamente cuando las pisa. El círculo tiene unos treinta metros de diámetro, y cuando llega al centro se detiene: ahí, en el ojo del huracán, los tallos y las hojas se arremolinan a lo loco, en todas direcciones, como crecen los cristales de cuarzo en el centro de la tierra. Toca el suelo. Está mojado, caliente. Se queda un buen rato. Mira al cielo. Sobre su cabeza no hay nada, pero a lo lejos, sobre el mar, vuela una cometa en forma de medusa. Luego se dirige a los otros círculos atravesando un trecho intacto donde las plantas le alcanzan a media pantorrilla. Decide hacer unas fotos con el móvil y al sacarlo descubre que se le ha consumido por completo la batería. En apenas minutos. Gruñe algo y se lo guarda. Se dirige a la gasolinera, andando. La gasolinera tiene un bar al lado donde se juntan a comer tapas de arròs negre tanto obreros de la construcción como jugadores del golf del parador cercano. Hay un tío vendiendo unos melones enormes, descomunales, justo debajo de la torre eléctrica.

Adrián se sienta en un taburete frente a la camarera, una tatuada con pinta de tener poco aguante para gilipolleces. Hay un ruido ensordecedor de clientes hablando en valenciano y jugando al dominó, chavalas echándose el tarot.

–Haces demasiadas preguntas –suelta la camarera.

–Pero si no he abierto la boca –replica Adrián.

–Ya, pero las vas a hacer.

Adrián no dice nada, solo por llevarle la contraria un poco, ni siquiera le pide una cerveza que ella le coloca delante de todas formas.

–Joder, sí que tenéis suerte –dice Adrián. «AQUÍ HA TOCADO EL GORDO 17 VECES.» Lo pone bien grande en un cartel junto a una foto de una vela latina y una promo vieja de Mirinda.

–¿Cuál es tu coche? –le pregunta la tatuada mirando hacia la carretera, esperando que el tipo este ande solo repostando en la gasolinera, de paso.

–No está ahí. He venido andando desde el pueblo.

–Y a qué has venido al pueblo, si puede saberse.

–A hacer un reportaje sobre los círculos de los sembrados –contesta–. Soy periodista.

En el momento en el que pronuncia la palabra «periodista», todo el mundo en el bar, los parados, las tarotistas, los obreros, hasta la meteoróloga en la pantalla del televisor, se queda en completo silencio, como en las pelis del Oeste.

–¿No han visto lo que pasa en los sembrados? –pregunta mirando a su alrededor.

Silencio.

–¿Cómo te llamas?

–Adrián Sureda.

–Ah, Adrián, como mi conserje.

–Este no es de aquí.

–¿Ha dicho periodista?

–Es el viento.

–¿El viento? –pregunta Adrián. Se pone de pie. Da más prestancia.

–El jaloque, el xaloc, el siroco –dice otro–. El viento del sur.

–¿El viento hace eso?

–Sí, claro. Qué si no.

–¿Eh? Di. Qué si no, Adrián el periodista.

–Ya.

–¿Y este de dónde sale ahora?

–Es el viento, el siroco que nos vuelve locos, Adrián –dice uno con una gorra: «Piscinas Torrent». Todos se echan a reír e inmediata y simultáneamente vuelven a lo suyo, a las cartas, al orujo, a arrojar al suelo los perdigones del conejo que condimenta alegremente la paella, pasando de Adrián como si ya no estuviera ahí. Adrián paga y se va.

Al volver al sembrado encuentra en medio de uno de los círculos tres parejas de chavales bebiendo birras y en otro dos viejas del pueblo, de negro, de cháchara, con la permanente recién hecha, es viernes. Están ahí como si estuvieran viendo el partido en un bar cualquiera, como si nada, como si los círculos fueran algo que pasa todo los días. Adrián los mira y no sabe si le sorprenden más los círculos o lo pedestre que resulta la escena, parecen actores en un plató, a punto de actuar, esperando. Al ver llegar a Adrián bajan la voz, le dan la espalda, una se vuelve a mirarlo con descaro, como si se hubieran enterado, Dios sabe cómo, de que es periodista. Que no lo es, ha sido lo primero que se le ha pasado por la cabeza.

Cuando regresa a su coche se lo encuentra cubierto de cagadas de paloma.

5

Su cabeza está prodigiosamente bien compartimentada en tres parcelas separadas con verjas de lo menos tres metros de altura, en una están las vacas de todo el tema dinero y chanchullos y en otra las vacas del tema amigos y ya se ocupa él de que ninguna vaca se cuele de una parcela a otra. Ni hablar, vamos. Tiene otra parcela también, en barbecho desde hace tanto tiempo que ya ni se acuerda de qué pintaba. Debe ser el tema corazón, familia, pareja, competencia emocional. Cero vacas que tiene ahí. Lo que Adrián sí cultiva por donde quiera que pase es una simpatía arrolladora, siempre invitando a cenas de tres platos con pasta que no es suya, el oído sintonizado en todas las conversaciones, presentando a conocidos de los que no recuerda ni el nombre. Sin perder nunca ni pizca de esa bendita ignorancia, cargada mitad cinismo mitad ingenuidad, de lo que pasa en el mundo. Cómo le gusta eso, los contactos, las tarjetas, la sonrisa fácil, los sensores sigilosos de las puertas automáticas de los hoteles. Los tiros, las prisas, las Persol de madrugada. Un día se cansará de todo eso, si ya lo sabe, si está seguro, antes o después siempre se aburre de lo que empieza, es su historia. Sabe de dinero rico y sabe de dinero pobre. De tener y no tener. Lo ha llamado de tú y lo han llamado de usted y lo han llamado de tú otra vez. Ha dejado propinas del 20 % como cuando trabajaba en Boston y se ha llevado las propinas de los camareros cuando nadie miraba, ha cogido taxis para doscientos metros de calle y ha conducido taxis, nocturnos, recogiendo a antiguos colegas, borrachos o haciéndose los borrachos para evitar reconocerlo, menudo plato, ha comprado en las Mantequerías Leonesas y ha comprado en el Dealz y a veces no ha comprado nada. Y todo esto está bien. Así es su proyecto de vida cada X años: fracasar a la española. Una vez que llega muy arriba pegarse el homenaje de caer a plomo, de darse una buena hostia, elegir voluntariamente el fracaso, un lujo, como la privacidad, al alcance de muy pocos. Además la ruina de Adrián no tiene tanto que ver con una ambición mal puesta como con una adicción desmesurada a la novedad, a lo que no conoce, a lo inexplorado, un enganche a la dopamina, que se le gasta bien rápido, y un trastorno de déficit de atención como la copa de un pino mediterráneo. Todo viene y todo va. El año pasado un amigo lo metió en el nunca lucrativo y siempre estresante y en ocasiones azaroso mundo de la organización de eventos, que es en lo que ahora anda. Empezó montando pases de modelos a caballo en Menorca, fiestas de cierre de campaña electoral,

festivales de novela negra, cientos de ellos. Y hace unas semanas recibió el encargo de la inauguración de un parque de atracciones en Alcobendas, Madrid. Con fuegos artificiales. Así que aquí estamos, en Valencia, donde más saben de fallas y fuegos y cosas que estallan.

Decide llamar a su amigo el abogado para contarle lo de los círculos. Le va a encantar la noticia. Está sentado en el Mini Cooper, al borde del arrozal, al borde de la tarde. Al fondo, contra el horizonte, de pronto descubre las siluetas de tres camellos. Tres camellos, así es. Caminando despacio uno tras otro, con esa elegancia torpe y pasota de los camellos. Se queda sin habla. En unos días una niña le dirá que son los camellos de la Cabalgata de Reyes de Valencia, que pasan el resto del año ahí, pastando en la Albufera, comiendo arroz.

Su amigo el abogado, como siempre, no contesta.

Le deja un largo mensaje de voz.

Los niños saben cosas. Cuando quieras enterarte de algo de lo que no hay manera de enterarse, pilla a una criatura, a un niño, tierno pero no lechal, un niño de unos ocho o diez años, a esa edad en la que no hacen más que dar la brasa y marear pero que si les preguntas algo muy concreto, sin miramientos, un poco agarrándolos por las solapas, te lo dicen seguro, aunque solo sea por joder a otro adulto.

Así que Adrián se va al colegio del Saler, después de haberse recorrido el pueblo entero intentando enterarse de qué pasa con los círculos. Ha preguntado en el estanco, en la gasolinera, en cuatro bares, en la farmacia, para nada. Busca en el móvil algún hotel con estrellas. Descubre un Parador Nacional de El Saler, con spa wellness y campo de golf. El parador parece una plantación sureña, el césped, la escalinata, las columnas. La Casa Blanca. El silencio elegante de los paradores, solo roto por el murmullo del agua en las fuentes y los cubiertos contra el plato de entremeses variados y el lejano hilo musical de los ascensores al abrirse a un lobby del tamaño de una sala de congresos y exposiciones. Piensa que si han aparecido círculos en un campo de arroz cualquiera, un campo de arroz a medio inundar, además, en un campo de golf seguro que también.

–Good evening –lo saludan las chicas en recepción.

Lo han tomado por inglés. Le pasa mucho. Es muy alto y es guapo, Adrián, con esas pestañas rubias, pero de inglés no tiene nada. Lo reciben con una sonrisa de oreja a oreja a pesar de llevar las pintas que lleva porque ya saben los recepcionistas de paradores que solo la gente con mucha pasta puede permitirse ir así vestido en un parador de quinientos pavos la noche. Adrián les devuelve el saludo levantando una mano donde lleva una pelota de golf que acaba de recoger en la carretera. Adrián se recorre el campo entero, hablando por el móvil, haciendo como que busca a un amigo. Se pregunta si los círculos serán laboristas o serán conservadores, curritos o cayetanos, serán de sembrado de coles de Bruselas o serán de parque manicurado, de parterres, de astroturf. Apuesta por lo primero. Cuarenta guiris. Cero círculos.

Al volver a la carretera se dirige al cole del Saler. El cole de El Saler está dentro del bosque de la Dehesa, entre árboles enormes de largas

sombras, con ramas negras y retorcidas inclinadas sobre el patio de tierra, la resina de los pinos centenarios goteando a cámara lenta sobre las cabezas de niños con nombres modernos como Kevin y Alexia, antes de que la niebla lo inunde todo durante horas y días y al levantarse quede un niño menos. O ninguno.

Solo quedan tres, ahora, a la salida, a las cinco de la tarde. Los demás niños se han ido ya con sus padres y quedan estos tres tristones y mustios. Llevan el nombre escrito en la mochila, alto y claro, para que no se confundan al recogerla o para que venga el hombre del saco y los llame por su nombre. Adrián mira a su alrededor, se rasca la barba de tres días, no acaba de decidirse ni le gusta la idea pero ya es la única opción que le queda. Señoritas, o profesoras, por aquí no hay ni una. Se acerca al más pequeño, con su gran sonrisa útil y transparente.

–Hola, Rodrigo –dice Adrián.

El niño no dice nada. Solo se mira los pies. Se llama Rodrigo pero es japonés. Debe ser hijo de la dueña del restaurante japo del pueblo.

–¿Te llevo al restaurante con mamá?

–Está en Valencia –contesta Rodrigo sin levantar la vista de sus zapatillas. Adrián se inclina y mira a Rodrigo, parece difícil de decodificar, como todos los japoneses, pero los otros dos niños lo que parecen es raros. Coge a Rodrigo de la mano, cree que es lo que hay que hacer con un niño de ¿cuatro? ¿siete? ¿nueve años?, y se dirigen a la carretera principal, donde tiene aparcado el coche. Le echa un vistazo, de vez en cuando.

–Vamos a ir por la carretera de atrás a ver los círculos en el arroz. ¿Quieres? –dice mirando a su alrededor. Ni un padre por ahí. Todo bien.

–No.

–Y luego te llevo a ver los delfines.

El niño levanta la vista por primera vez. Tiene el pelo tan espeso que su cabeza parece tapizada de terciopelo.

–¿Qué delfines?

–Los que yo te enseñe.

–Delfines y rorcuales y cetáceos no hay hasta noviembre.

–No me compliques el día.

–Tienes el coche muy sucio. Te han dibujado algo.

Le han dibujado una polla, eso es lo que le han dibujado.

–Ya, bueno, así están las cosas.

–Yo ahí no me subo.

Rodrigo se detiene en seco. Un niño con un sexto sentido para el hombre de los caramelos y las chufas.

–Pues vamos andando.

–Yo no quiero ir a ver los círculos, luego me duele aquí, y aquí –dice tocándose la cabeza–. No me gustan, me dan miedo, mi madre le dice a Vicente que no los haga más pero Vicente no le hace caso.

Ahora quien se detiene en seco es Adrián.

–¿Quién es Vicente?

–¿Por qué llevas zapatos con cordones?

–¿Quién es Vicente?

–Pues quién va a ser. Vicente, Vicente. El de la Montesa; pero si todo el mundo conoce a Vicente, tú es que no eres de aquí. Yo a donde quiero ir es al autocine de Pinedo.

7

La Montesa de Vicente es una moto muy cani, solo chasis y hueso, sin silenciador. La Montesa de Vicente se oye en todo El Saler y en todo Pinedo y en Catarroja y hasta en Torrente, ese irritante motor de mosca cojonera, de mosquito del Saler, arriba y abajo de las carreteras sin asfaltar, un zumbido enfadado con el mundo, una moto que oyes pero no ves. Como mucho a lo lejos, en el espejismo del horizonte hundido y distante y húmedo, como el Mad Max solitario de la Albufera valenciana.

Adrián ha conducido hasta la playa, a un bar a donde Rodrigo le dijo que Vicente baja a comer. El bar es un cubo de cemento armado sobre la arena, cubierto de graffiti y con una parabólica gigantesca encima y una tele donde solo dan las noticias del tiempo, todo el tiempo. Adrián ha pedido un bocadillo, que es lo más barato por decir algo, porque El Saler será muy salvaje pero barato no es, y se lo está comiendo sentado en la arena, esperando. Detrás tiene el bosque. Delante, la playa, el mar, el Mediterráneo y su épica griega.

Hay más perros que gente paseando por la orilla. Así será el destino de la civilización, piensa, perros solos paseando a su aire por el mundo incivilizado y gratis. La moto, el zumbido de la Montesa de Vicente, se adivina de pronto a lo lejos, desde un lugar indeterminado, como si sobrevolara la zona, vigilante, presente. Se aproxima y de repente aparece haciendo eses por el camino de tierra que va de la rotonda de la carretera a la playa. La moto aparece de detrás de una curva, llega a la terraza del bar y se detiene. De la Montesa se baja un chaval en chándal negro. Va sin casco, tiene el pelo grande, espeso, rizado, lleno de ideas. Lo reconoce enseguida. Es el chaval que se quedó solo mirando los círculos.

–¿Tienes fuego?

Adrián se ha acercado a Vicente con el cigarrillo que lleva preparado desde hace rato. Vicente saca un Bic del bolsillo, lo enciende y lo acerca al cigarrillo. Tiene las uñas negras, las manos enormes, de jugador de baloncesto. Es muy alto. Y muy delgado. Las lazadas de sus zapatillas son demasiado grandes y caen lánguidamente hasta el suelo como las orejas mustias de un basset hound. Es guapo. Cuando ha prendido la llama, Vicente apaga el encendedor, se lo mete en el

bolsillo y va hacia la puerta del bar. Sin haber abierto la boca.

–Gracias, Vicente.

Vicente se detiene con la puerta a medio abrir.

–¿Qué quieres? –dice en voz muy baja, sin girarse hacia Adrián.

–Hablar contigo.

–No me gustan los periodistas.

–No soy periodista, joder con la camarera. Lo dije sin pensar, por hablar, la gente hace cosas así, ¿no te parece? De todas formas, si será por hablar, en este pueblo. Aquí todo el mundo se entera de todo.

–¿Y entonces quién eres?

–Soy la canción del verano, Vicente.

Vicente se echa a reír. Tiene una dentadura estupenda pero una risa lenta, con retardo. Como si se pensara muy bien el principio y el final de cada carcajada.

–No serás vendedor de seguros.

–Mira, ven. Vamos para allá un momento. No vamos a quedarnos aquí en la puerta molestando. –Le señala la playa, donde no hay nada más que perros, no quiere gente alrededor, escuchando–. Me llamo Adrián, por cierto.

–Yo no estoy molestando a nadie.

–Pero yo sí. A ti. Porque todavía no sabes lo que he venido a contarte, Vicente. –Adrián repite mucho su nombre porque ha estudiado coaching empresarial y sabe que eso funciona.

–Qué te parece si lo que sea que me vas a contar, que ya sé lo que es, me lo cuentas entre semana en el camping, que hoy libro.

–Porque ya no vas a tener que trabajar más en tu vida ni en el camping ni en ninguna parte.

–¿Tú te crees que eres el primero que me viene con la copla? –Vicente tiene barba de tres días, de pelos duros y jóvenes pero con canas aquí y allá a pesar de los veintipocos que debe tener.

Adrián se echa a reír. Él también sabe.

–Claro que soy el primero. Soy el primero en saber que eres único.

–Ya.

–Tienes una perla en el centro de la cabeza, Vicente. A ti te entró un grano de arena de la playa por el oído que se transformó en perla ahí dentro. Haces cosas extraordinarias, mágicas, fuera de lo común, y yo creo que si sigues aquí en este pueblo perdido de la mano de Dios es porque nadie ha venido a decirte esto. Que eres único. Tan claramente. Vicente.

Vicente sonríe y estrecha los ojos. Tiene el encanto enigmático de los tímidos, de los ensimismados, de los que nunca acabas de saber quiénes son. En la mesa junto a él alguien ha dejado una cerveza a medio beber y un cuenco con frutos secos. Vicente coge una avellana del cuenco y se la pone a Adrián en la palma de la mano.

–Toma perla. Y hasta luego.

Vicente abre la puerta y entra al bar dejando a Adrián en la playa.

Adrián se fuma tres cigarrillos seguidos y saca el móvil, busca en la agenda, tiene muchos contactos en la agenda del móvil pero no sabría decir si estos contactos son realmente amigos. Es lo bastante listo como para darse cuenta de que la mayoría de sus relaciones son tan superficiales que no compensan a ninguno de los implicados, nadie se arriesga a decirle al otro lo que realmente cree que es: un gilipollas. Encuentra el número de su amigo el abogado. Su amigo el abogado tiene nombre, pero como Adrián no quiere líos con la justicia, otra vez, lo tiene guardado así en la agenda del móvil: Amigo Abogado. El abogado está eufórico con los círculos, voy a ciento veinte, le dice, esta es la noticia del milenio, dice, hay esperanza, amigo, mira, vamos a montar algo en el camping para celebrar los círculos, mostrarlos al mundo, una ceremonia o un festival, eso, un glamping, un festival como el de Nevada, dice, un Burning Man, cada vez habla más deprisa y más agudo y se oye el silbido del viento entrando por la ventanilla abierta, una rave, dice, una rave de una semana, ay qué ganas tengo de ir a El Saler, ahora estoy yendo a Toledo para defender a unos chinos que les han encontrado una plantación de marihuana pero en cuanto acabe voy para allá. Un festival trance, eso es, circo y música y disfraces, vamos a hacer historia, amigo.

Y cuelga.

El camping de El Saler tiene una cancela de las de antes que se cierra con un candado enorme, pesado y viejo como un exvoto. El camping tiene algo de pequeño pueblo de colonizadores del lejano Oeste: cantina, lavadero de piedra, bungalós, tiendas de campaña y alguien que siempre está cantando. Es Valencia. En la piscina, prefabricada, los clientes se pasan horas al sol en las tumbonas, leyendo. Los alemanes. Hay algún francés en bicicleta, veinteañeras de despedida de soltera, mochileros, ecoturistas, varios perros sueltos y Ocho, el maestro trampero de los gatos monteses. La cantina, cuando Adrián llega y mira por la ventana, tiene varias mesas de hierro muy bajas y cuatro o cinco sillas de parvulario, de colegio. Cierto aire soviético. La cantina no abre nunca. De día. De noche, todo cambia.

Vicente no está por ninguna parte.

–Ha ido a Valencia a arreglar unos papeles.

Esto se lo dice la segurata del camping, una tipa grande que apenas levanta la vista del móvil, con gafas de sol aunque son las diez de la noche y que come pipas de girasol sin parar dejando a su paso largos rastros y montones de cáscaras por todo el recinto.

–Eres el periodista –pregunta–. ¿No?

Adrián asiente. Parece que a la segurata no le importa nada. Incluso se baja las gafas de sol con el índice, como en los anuncios, para mirarlo bien.

–Adelante.

Adrián se dirige hacia la parte de atrás del camping donde cree que se encuentran los círculos. Deja atrás un corro de jóvenes cristianos reunidos para leer en voz alta la Biblia, cada uno en su móvil respectivo, y llega al fondo. Al fondo, donde apenas alumbra la última farola, reconoce al tipo de la coleta cana y a la niña de la carretera, sentados en dos tumbonas, rodeados de latas de cerveza. No saludan a Adrián. Tampoco hablan entre ellos. Igual están dormidos.

Al otro lado de la verja, había calculado bien, están los círculos. Resplandecientes en la noche como si tuvieran luz propia,

perfectamente trazados. Majestuosos. Los cuenta.

Los cuenta otra vez.

Hay tres más que ayer.

Al regresar a la salida le está esperando un chaval de unos quince, apoyado contra la pared de la cantina, los brazos cruzados, comiéndose las pieles del labio inferior.

–Oye tú, oye tú, el periodista, mira, ven para acá, oye, que no te voy a hacer nada hombre, mira, escucha, ven, verás, yo, más cerca, yo, por seiscientos pavos, los círculos esos, escucha, te los hago, donde quieras, me entiendes, tú me entiendes, por seiscientos, los círculos, te los hago cuando tú quieras, con estas manos, sí, qué te parece, si ya los he hecho otras veces, eh, periodista, te salvo el culo o no, eh, ves, qué me dices, mañana, pues claro, allí en la verja del fondo, no, no me digas cómo te llamas que yo no te voy a decir cómo me llamo yo. Seiscientos, no te olvides. Vas a flipar caracolas, hermano. Eso es. Ves. Ya sabía yo que nos íbamos a entender.

9

La gente cuando se marcha se olvida todo tipo de cosas en hoteles, en campings, en la playa: un libro, unas llaves, un bolígrafo, una niña de cuatro años. A Mornell la dejaron ahí, nadie sabe cómo ni exactamente cuándo, en el fondo de una vela latina, en uno de los canales de Catarroja. La llamaron Mornell, que es como llaman aquí en la Albufera a las nasas de pesca de anguilas. Así que lleva un nombre de ecos bíblicos, como Moisés, y un mono azul de trabajo que sustituye al peto de pana que llevó año tras año tras año hasta que se le quedó pequeño. El mono, en cambio, le está grande. Mornell es la manitas rápida y barata del camping. En realidad está aquí porque no tiene otro sitio donde caerse muerta y porque se le da muy bien apañar motores y dar martillazos y llevar cajas de un lado a otro. El tipo de la coleta blanca de DJ con el que va siempre a todos lados se llama Broseta, le dice Mornell.

–¿Y tú?

–Adrián.

Mornell lleva unas cizallas en la mano y guantes de electricista y unos Crocs enormemente pesados por el cemento seco.

–No. Digo que tú qué piensas de los círculos del arroz. Que qué te parecen.

Adrián, que ha venido temprano con los seiscientos euros, de momento no ha encontrado al chaval de ayer, pero sí a Mornell, arreglando el tramo de la verja donde había quedado con el chico. Adrián está por decirle la verdad, que lo ha intentado todo, que ha probado la respiración holotrópica y el eneagrama y los baños de Wim Hof y las ventosas y los imanes y el tofu y el kale que acabó en la basura pero que al final todo esto de la realidad cuántica solo le ha provocado perplejidad, algo de risa, impaciencia, sueños políticos. Humo.

–Que si crees que son cosa de extraterretres, digo –pregunta la niña otra vez.

Al lado de Mornell hay una tortuga enorme, parece de piedra pero no. La tortuga tiene un número, el 17, grabado en rojo en el caparazón y

huele como si tuviera mil años. La tortuga la robó hace mucho un italiano del Oceanogràfic de Valencia, saltó la valla del recinto y se la metió debajo del brazo y la trajo hasta aquí. Luego no supo qué hacer con ella y ahí se quedó. Como Mornell.

–Yo solo creo en Hacienda –contesta Adrián.

–Y eso qué quiere decir.

–¿Y tú qué piensas de los círculos?

Mornell, que hoy se ha peinado tapándose las orejas como las bailarinas del Bolshói, sonríe.

–Yo quiero ser un jedi –dice, como si eso lo explicara todo. Tiene la lengua negra de regaliz y parece una pequeña demonia. Adrián se echa a reír. Ella también, pero de él.

–Eres una niña.

–Lo que tú digas.

–Pero dime más sobre los círculos, cuéntame, algo se dirá por ahí.

Mornell lo escanea de arriba a abajo como calibrando si este tipo merece o no escuchar según qué.

–Hay una fuerza que está por todas partes, sabes, hay una presencia –dice señalando hacia los círculos ahí fueraaquí.

–¿Ahora?

–Siempre.

–Pero de qué presencia hablas, que no te entiendo.

Mornell se levanta, tiene grasa de motor hasta en el pelo, los ojos azules y enormes.

–Yo he visto cosas.

Adrián la mira detenidamente. No sabe si le está vacilando. No sabe qué hacer con ella, pero por lo visto ella sí sabe qué hacer con él.

–¿Qué cosas?

Adrián ve de pronto al chaval a unos cien metros al otro lado de la

verja. Le está haciendo señas para que vaya. Va en bañador y botas de agua.

–No veas tantas series –se despide Adrián.

–Y tú ten cuidado con los grifos que gotean.

–Pues vale.

Adrián cruza el camping, sale a la carretera, bordea el recinto y llega al otro lado donde el chaval, que con luz natural resulta casi un viejo, un viejo con el pelo rapado, lo espera debajo de un árbol como en las películas italianas.

–A ver –dice el chaval contando con voz ronca y dedos rápidos–. Ochenta y cinco, noventa y seiscientos, listo, hecho, muy bien, eh. Muy bien, oye, pues esta noche, a eso de las doce, en la parte de atrás de la gasolinera, la del cine de verano, esa, a medianoche, no, yo no voy a estar, es que acabo reventado cuando los hago, pero tú ve con la tele si quieres, eh, y unas buenas linternas, eso es importante, siete, siete círculos, dices, mucho curro es eso, joder, dame cien pavos más y lo cerramos, ah mira, muy bien, pues siete, claro que sí, hermano, a las doce, eso, detrás de la gasolinera. Siete círculos. A ver choca esa mano. Ahí, ahí. Te los vas a encontrar servidos calentitos. Como en el Glovo.

10

A las cinco menos cuarto de la madrugada, después de haber pasado tres horas en el arrozal detrás de la gasolinera esperando a que ocurriera algo, cualquier cosa, y otras dos horas en el camping al chaval, que nunca apareció, Adrián se vuelve al Cooper a dormir con un cabreo que le arde la cabeza y seiscientos euros menos.

11

El Misterio de Elche. El Misteri d'Elx. Patrimonio Oral e Inmaterial de la Unesco con seiscientos años cumplidos, salen niños colgados como piñatas, o igual no son niños y son adultos que se han derretido hasta reducirse al tamaño de un niño en medio del mes de agosto y gente que canta, salen palmeras de pan de oro, sale el Niño de Elche con su látigo y sus zapatitos puntiagudos de charol y de ahí sale también uno que hace pelis de las que viniendo de Elche ya tenemos cierta idea de lo que esperar.

Adrián ha cogido el autobús 24 y ha ido al Centro Comercial Saler que como su nombre indica está en Valencia City, al otro lado del río: en El Saler no está. Ha venido al centro comercial buscando un local donde imprimir carteles para el festival, el abogado ya se ha buscado una tipa que va a llevar las RRSS pero Adrián quiere un cartel, como Dios manda, como en los toros. En el centro comercial hay unos Cines Multiplex y ve que ponen una peli, Espíritu sagrado. En el afiche de sala pone que el director es de Elche y mira en el móvil cosas sobre Elche mientras espera la cola y ve todo eso del Misterio y el Niño que baja del cielo, un pequeño extraterrestre del año mil trescientos y pico. En la sala, dos filas más adelante reconoce a la segurata del camping. Willy, se llamaba. La reconoce por la trenza que lleva, esa cola gorda de alacrán.

La peli lo deja KO.

Cuando sale coinciden en el 24. Willy va sin bolso. A Adrián las mujeres sin bolso le parecen siempre superheroínas, como si les bastara con ir pillando lo que necesiten por la calle: un mechero en un bar, una lata en el suelo, igual que Tom Cruise cuando atraviesa corriendo un mercado tercermundista cogiendo al vuelo todo lo que haga falta para salvar el mundo. Está muy morena. Se pasa el día al aire libre, vigilando el camping, y tiene ese aire asilvestrado de quien no acaba nunca de echar raíces. Willy le dice que le ha gustado mucho la peli, que tiene hambre, luego dice algo sobre que los frikis como los de la película se parecen todos. Aquí y en Finlandia, en cualquier parte, con los cortavientos de colores feos y el sobrepeso. Los pies planos. O es que se parecen porque los frikis son pobres y los pobres son iguales en todas partes. ¿Hay frikis con pasta? Lo duda, Willy. Cómo nos gustan los frikis, tan de moda ahora, continúa, y Adrián está

de acuerdo. Nos reímos mucho con ellos, en las series, en los cómics, en la realidad no tanto, en la realidad decir que ese amigo tuyo es un friki quiere decir que es ese gadget barato, de chino, que no usas porque no sabes para qué sirve, ese friki de tu vida, que viene a ser una versión peculiar del amigo gay que tampoco tienes, a quien tampoco vas a invitar a tu cumpleaños y a quien vas a mirar siempre con la curiosidad distante que el friki reconoce perfectamente ya, ese halo antiferomonas que lo rodea, y en cuanto conoces a otro friki quieres que se conozcan porque se van a llevar muy bien, ya verás, porque damos por supuesto que todos los raros son iguales cuando lo cierto es que cada uno es raro jodidamente a su manera. Los frikis, sus zapatos tan reveladores, los frikis y sus listas interminables de cosas, las bandejas enteras de pastelería industrial, la gente que no llevan a su casa donde viven con su madre de mil años, los centros comerciales donde pasan días enteros, dando vueltas con la mochila llena como si se fueran a la guerra, como si la invasión de Alfa Centauri estuviera ya aquí, la mochila, el fuet, el amuleto, las gafas de cristales contra la luz azul, tan tóxica, el llavero con diecisiete llaves encontradas por la calle y que no les llevarán a ninguna parte. Los frikis que pasan de niños viejos a viejos niños saltándose todo lo gordo de en medio. Los frikis y ese pelo. La voz plana de médico. Los frikis y esas risas a destiempo por las pirulas. Los frikis en los McDonald's. Los frikis cuando te piden un euro para el autobús, esos ojos casi siempre muy claros aunque sean negros, los pelos en los sobacos de ellas, que nadie acariciará jamás. Los frikis y la Wikipedia, joder. Los frikis y la Wikipedia.

Adrián la mira con detenimiento. Como Willy es de esas que hablan mirando al aire en vez de a su interlocutor, como todos los parlanchines, se fija en cada uno de sus rasgos y ve que es guapa. En realidad ya se ha dado cuenta de que por esta zona todo el mundo es guapo y hasta se parece, sospechosamente. Será algo genético. Como si estuviera leyéndole el pensamiento Willy dice de pronto que si en un pueblo todos tienen la misma cara es que es una peli de terror pero si la tienen en un planeta entero es ciencia ficción. Qué le parece eso, a Adrián. Adrián asiente. Willy, que habla con una convicción que a Adrián le parece cautivadora, y a una velocidad que le da un poco de vértigo, decide que se van a tomar una copa y que ella invita. Se toman tres gin tonics y un chufa libre de una sentada, ahí mismo, en una terraza del centro comercial. Willy habla sin parar, a esa velocidad a la que hablan las personas a las que les da igual a quién tienen delante y que rajan solo por incapacidad de contener toda esa vomitona de palabras que a veces suenan en otro idioma, pakistaní, algo del sudeste asiático, y que a Adrián no le estorba porque tiene la

impresión de que con decirle que sí a todo con la cabeza se está ganando una aliada dentro del camping.

–¿Y eso de los círculos de la carretera? ¿Qué pasa con ellos? –pregunta Adrián al cabo de un rato. Lo hace a la ligera, como de pasada.

–Ah, bueno, los dibujos, ya. –Da un trago a su copa, que lleva un rato vacía pero no se da cuenta–. Eso es cosa de Vicente. No ves que está loco, el chaval, no le dan caña ni nada, a ver si lo dejan un poco en paz, yo le digo siempre Vicente, aquí no te entiende nadie. Quererte te quieren mucho, te protegen y te cuidan, por lo de los padres, sabes, pero entenderte no te entiende nadie.

–Lo mismo le digo yo.

–Y tú qué sabes.

–Nada. Perdón Por eso pregunto.

–O por lo menos que le saque pasta al asunto, ya que lo saben aquí que lo sepan en toda España, que cobre, y si no que me enseñe.

–¿Tú le has visto hacerlos?

–¿El qué? –Está ya un poco borracha.

–Los círculos.

–No, qué va. Nadie lo ha visto. Hace unos meses los intentamos hacer un holandés que estaba de paso y yo pero, joder, es imposible, no hay forma de aplastarlos, ya quisieron hacerlos también unos de Torrent, por tener ellos también, pero nada, no les salió tampoco –dice.

–Entonces cómo sabes que es Vicente.

–Porque es el loco del pueblo.

–Y por qué está loco.

–Todos estamos locos, Adrián. Pero este, más.

Luego Willy le cuenta que tiene un programa en la tele local, sobre fenómenos paranormales. Pasan cosas por aquí, raras, esto parece California, será el agua, el programa va como un tiro, lo hace ella misma con el móvil, tiene un patrocinador, el dueño de Ale-Hop, las tiendas esas de la vaca, que es de por aquí. El dueño. La vaca no sabe.

–¿Y tú crees en todo eso?

–Yo creo lo que el patrocinador crea. Bueno –dice Willy, levantándose con un equilibrio que ya quisiera Adrián–. Ya está bien de tanta cháchara que mañana hay que levantarse temprano.

De pronto suena el móvil de Willy. El tono de llamada del móvil de Willy es «Louie Louie» de Richard Berry. Un dos tres. Un dos. Un dos tres. Un dos. Lo deja sonar y sonar.

–Es Vicente –dice mirando la pantalla–. Otra vez. Tengo que limpiar la fosa séptica. A ver si mañana me animo.

Un dos tres. Un dos.

Un dos tres. Un dos.

«Louie Louie» suena.

Willy no contesta hasta que se corta solo.

En el autobús de vuelta sigue hablando. De amigos, hermanas, clientes del camping que Adrián no tiene ni idea de quiénes son, aunque eso a ella le trae sin cuidado, y de Broseta. De cómo su mujer se largó con uno de la Iglesia de la Cienciología que quería introducir en España la Nueva Iglesia de la Identidad Cósmica o algo así y por eso todo esto de los círculos le toca tanto los cojones. Le pone malo. No lo soporta.

–Cuánto hablas –le suelta Adrián después de una carcajada.

–Te parece. Pues puede ser. Es que si lo piensas bien es la única manera de acabar las cosas. En la vida todo sigue, si te das cuenta, las cosas que te pasan en realidad no se acaban nunca, cambian a otra cosa pero acabarse no, ya me entiendes, cerrarse, eso no pasa nunca, solo cuando te mueres y ni siquiera eso porque los demás siguen vivos y coleando. Las cosas solo se acaban cuando les pones un punto final, como en los libros, como en el cine. O cuando las cuentas.

–El final. Y cuál es el final. Cómo sabes que has llegado al final.

–Eso ya lo verás.

Cuando llegan al camping del autobús se baja un tío detrás de ellos, cruza la carretera y cuando llegan a la cancela del camping se le echa encima a Willy, como si fuera a robarle, pero lo hace fatal, se cae al suelo, está borracho. Más que ellos, que no es poco. Se queda ahí.

Apoyado contra los contenedores de basura, hablando a voz en grito sobre mensajes ocultos en los códigos de barras.

12

Adrián duerme con los ojos abiertos. Lo sabe porque se lo han dicho todas sus novias, que han sido muchas, y porque a veces le vienen a la cabeza cosas que no recuerda haber visto despierto pero que objetivamente tampoco tienen mucho sentido. Como le ocurre con frecuencia, confundir la vigilia con el sueño, y la confusión no es algo que le entusiasme, tiene sus pastillas para no dormir, de las que no quiere abusar. Con los círculos ya tiene bastante tralla. Esta noche se toma su pastilla porque no quiere dormir y no quiere dormir porque quiere vigilar a Vicente y descubrir cómo hace los círculos, levantar la liebre. Pillarlo con las manos en la masa. Así que esta será una noche de vigilia como la de los caballeros templarios antes de la batalla.

Coge el Mini a eso de las diez de la noche y lo esconde detrás del camping, entre unos matorrales de apenas medio metro de altura que no tapan nada. Es absurdo. Es lo que hay. Se sienta dentro, en la parte de atrás, medio tumbado, y espera. Espera. Espera. A lo lejos asoman las luces del puerto de Valencia como si fueran los rascacielos de la ciudad de Los Ángeles.

A las once, cuando Vicente acaba su turno, Adrián oye arrancar el motor inconfundible de la Montesa. Casi enseguida pasa por su lado y tira carretera adelante. Adrián enciende el motor y lo sigue. Vicente toma una curva y luego otra, bajo el palio de las ramas de los pinos. La carretera no tiene alumbrado. Después enfila hacia el oeste, hacia lo plano. Adrián toma la primera curva. Apaga los faros del coche para que Vicente no lo descubra. No va deprisa, aunque la luz de la luna, a la que le queda una noche para entrar en fase, ilumina la carretera y los campos y el agua con ese tono gris metálico de noche americana. No va deprisa porque espera no atropellar ningún animal, conejos que cruzan la carretera, ardillas, una garza que planea a la altura del coche unos largos diez segundos y luego alza el vuelo. Vicente está ya bastante lejos. De pronto aparece otra moto y ya no sabe quién es quién, en cuál moto va Vicente.

–Joder.

Decide seguir a una un poco al azar, no, la de la izquierda. Le parece más ruidosa. Acelera para no perderla de vista. Ahora está ya a unos cien metros, cuando de pronto el piloto trasero de la moto se apaga. Y

luego el motor. Adrián aminora. Va frenando muy despacio. Aparca ahí en medio de un sembrado y apaga las luces. Hay un silencio solo roto por esos ruidos agudos de los animales pequeños. Ve al motorista bajarse de la moto. Es un tío grande, lo menos cincuenta años. No es Vicente.

–Mis muertos.

Mira alrededor por si Vicente estuviera por ahí, pero no ve nada por ninguna parte. Tampoco se oye ningún motor. Está a punto de arrancar de nuevo cuando se encienden frente a él los faros de otro coche, aparcado a unos treinta metros, en medio del campo. Se encienden. Se apagan. Se encienden. Se apagan. Y otra vez. Le están haciendo señas, está claro. Adrian espera unos segundos con la llave de contacto aún en la mano. El coche vuelve a encender y apagar los faros y luego se queda así, como esperando respuesta en la oscuridad. Un encuentro en la tercera fase. Y si es aquí el meeting point donde todo esto se cuece y los círculos los hacen entre varios colegas, piensa Adrián. No le extrañaría nada, a Adrián los de por aquí le parecen raros de cojones, por qué estan siempre tan callados, como si se comunicaran por telepatía, en valenciano, mientras te quedas sin enterarte de nada, o usaran competencias sobrenaturales todo el tiempo, que explicarían muchas cosas. No está muy seguro de lo que hacer. Se baja. Se dirige despacio hacia el coche. A medio camino se le ocurre que igual se ha metido en un drop de drogas o se ha colado en la entrega de un rescate pero ya es demasiado tarde. Camina con aire seguro, como si no tuviera nada que perder porque así es, dispuesto a afrontar lo que sea. Cuando está a unos cinco metros ve el interior del coche. Hay tres tipos, igual son cuatro, con una linterna, muy blancos y sin pelo, muchas piernas, movimiento, golpes, brazos. Una cara que se vuelve hacia él y pega la lengua enorme contra la ventana. Entiende de pronto que se ha metido en una de las mil zonas de cruising de la Albufera.

La gente que no lo sabe se queda como esta alemana de la bicicleta, ahí parada en medio de uno de los mil senderos de tierra que atraviesan el bosque de la Dehesa. Con la boca abierta y un pie en el suelo. Escuchando la voz de Nino Bravo que parece venir del centro del bosque, la voz en el bosque que canta. El bosque que canta. Adrián la mira y sonríe. La alemana tiene la expresión de quien ha visto un fantasma, pero esa voz y esa música de donde provienen es del kiosco del Carabinero, un italiano que llegó por casualidad en los ochenta y se quedó. En El Saler y en los ochenta. El kiosco, en medio del bosque, en lo más espeso, en una zona que podría ser la Selva Negra y Vietnam y la Amazonía todo junto por lo denso y penumbroso, tiene siempre las luces encendidas, muy blancas, casi azuladas, luz de nevera. Y el Carabinero dentro. Vestido con una camiseta de Maradona del Nápoles y vendiendo patatas Risi y latas de Coca-Cola duras, rígidas, de las que se vendían hace cuarenta años, y pastillas de leche de burra. Cuando Adrián llega le pide una sin alcohol al Carabinero. Que nadie sabe cómo se llama. Las sin alcohol no existían en los ochenta, así que pide un Trina y le paga. El Carabinero, sin embargo, no tiene problema con que le paguen en euros y no en pesetas.

Llama a su amigo el abogado. Lo hace desde aquí, el claro del kiosco, que tiene una estupenda cobertura y una privacidad relativa porque es el sitio donde todos van a hacer llamadas comprometidas, por decirlo de alguna manera, y siempre hay seis o siete personas hablando en voz baja de sus asuntos y esto a veces parece el patio de la Meco.

Habla con su amigo el abogado. De la que van a montar, muy gorda. Los va a convocar a todos. Como en la última cena. Que no va a ser la última sino la primera, y no van a ser trece sino unos dos mil los asistentes, van a venir de todas partes, hasta el gurú de la Garrotxa va a venir, va a ser el primer Burning Man de Europa, aunque los portugueses ya se les adelantaron con el Boom Festival y los cuatro locos de la isla de Eigg hacen algo por el estilo. Su amigo el abogado ha mandado imprimir camisetas y un sello para estampar en el dorso de la mano con el logo, porque el Crop Circle Festival ya tiene su logo, claro que sí. Un buen logo y un buen eslogan para conquistar Netflix.

Cuando Adrián apaga el móvil, después de no haber abierto el pico, se

encuentra con Broseta, apoyado en el mostrador del kiosco como si fuera la barra de un bar, con cara de pocos o ningún amigo. Mirándolo. Hoy lleva el pelo suelto, blanco, como Gandalf.

–Qué miras –le dice Adrián.

–El seis y el cuatro.

–¿Tienes algún problema conmigo?

Adrián no quiere que nadie tenga problemas con él, ni ahora ni nunca. No le gustan ni los problemas ni la gente triste ni los cenizos. Nada.

–El problema –dice Broseta– lo van a tener los que hacen los círculos, los cuatro pirados que sean, que ya me ocuparé yo de que acaben en la cárcel. Me oyes. Ya veré cómo, que no me gusta tu cara ni tu cara.

–Dos veces no te gusta mi cara. Pues vale.

Broseta lo señala con el índice. Tiene las uñas algo largas, entre aristócratas y descuidadas.

–El problema lo tienes tú.

14

En el coche, abierto, en la playa. Hay un wifi por aquí importante, que no tiene ni idea de de dónde viene aunque ya se ha dado cuenta de que en toda esta zona de El Saler el wifi es de cuatro buenas rayas, cuatro lonchas muy aprovechables. Está mirando el Airbnb, buscando dónde meterse, dónde dormir. Gratis, claro. El camping se está poniendo difícil, con Vicente y Broseta. Mira los apartamentos que están libres y vacíos ahora, y ve que hay uno ahí mismo, justo a su espalda, en una de las torres de Gola de Puchol. Por las fotos de las vistas comprueba qué edificio es y calcula la altura. Un doce. Más o menos.

Coge el tabaco, el cargador del móvil, la cartera, y lo demás, que es nada, lo deja ahí en el coche. Y una bolsa de Ikea con su ropa. Se dirige al edificio, el portal está abierto. Saluda al segurata, uno con pinta de exlegionario, será de la Levantina, pequeño, flaco, lagartija. Sube al séptimo en ascensor y de ahí para arriba ya por las escaleras de servicio, echando un vistazo de vez en cuando por las ventanas hasta que encuentra un piso con todas las persianas echadas hasta abajo. Bingo. Intenta abrir la puertas con la Visa, que es para lo único para lo que sirve ya. La puerta se abre casi solita, cuántas facilidades, parece el barrio Sésamo. El apartamento, silencio, a oscuras. Abre la nevera. Vacía.

Hay una lámpara de araña en la terraza y los muebles son un cruce raro de sucesivas herencias: bargueño, cama balinesa, flexo, etc. Todo con dos dedos de polvo. Duerme en el sofá, con la ropa puesta, por si acaso.

A eso de las tres de la madrugada le despierta algo. Un ruido. Del exterior. Se levanta y sale a la terraza. El edificio está en medio del bosque, se ve lo oscuro del mar a lo lejos pero el pinar rodea la torre como si fuera a tragársela en cualquier momento, la vegetación apretada habitual de la Dehesa hasta el borde de la piscina ahí al fondo, ahí muy abajo, una mancha de tinta negra donde una tipa está nadando boca arriba. Se oye la retransmisión de un partido de la NBA en algún piso y las brazadas de la mujer, una y dos y tres y se para. Una y dos y tres y se para. Se gira y se queda flotando boca arriba. Cuando ve a Adrián lo saluda. Sonríe. Hace un gesto que Adrián no entiende.

–¡Qué hora es! –le pregunta la chica. O señora. No sabría decir, lleva bañador entero. Y aunque no lo ha gritado el eco de su voz alcanza el décimo piso con un elegante retardo melancólico.

–Las dos y veinte –contesta Adrián, también en voz baja. La mujer asiente, lo ha oído como si estuviera a un paso, es bonito eso, y se queda unos segundos más flotando boca arriba. Hay una luna fuerte, violenta, frente a él. Cuando va a entrar de nuevo al salón descubre a un tipo mirándolo desde una ventana algo más abajo. Adrián lo saluda y entra, joder, ya lo han visto, dos personas, no sabe si irse o no. Como no tiene nada que perder vuelve a echarse en el sofá, donde quedan restos de arena del inquilino anterior y bolsas de patatas y una chancla debajo del mueble de la tele que descubre justo antes de dormirse.

–Arriba. –Le están apretando un brazo como si fueran a rompérselo–. Arriba, cabrón, vamos, vamos, vamos.

Sí que es exlegionario, el de la Levantina, tiene los tatuajes pálidos de Bic, las venas gordas sobre los músculos fibrosos, la cara larga de setentón.

–Vamos, vamos, vamos. Anda y tira.

El segurata se limita a sacar a Adrián por el brazo y darle un buen sopapo con el dorso de la mano en el rellano de la escalera, debe estar harto de okupas, pero no hace mucho más. Igual el que hace de okupa ahora es él, el segurata, piensa Adrián. Se queda un momento en el rellano, va en pantalón y camisa y comprueba que lleva encima lo que importa y piensa que, en fin, la cosa no ha ido a peor, hace sol, bajará a la playa, llamará a su amigo el abogado. Enciende un cigarro mientras baja las escaleras. Está de buen humor. Sale del edificio y del parking y se dirige hacia la playa atravesando la pinada. A los pocos minutos se da cuenta de que lo están siguiendo. Esperemos que no sea el de la Levantina, piensa Adrián. Se vuelve y no. Son tres chavales, de unos quince, rubios, pijos, las pulseras. Uno lleva un palo de madera apoyado al hombro. Le sonríen. Otro lleva un palo de golf.

–Pero buenooooo, pero buenooooo.

–Mira lo que trajo el gato.

–Qué cara, pero no pongas esa cara.

–Cómo te llamas.

–Que no te vamos a hacer nada, que no te vamos a hacer nada.

–Quieto, mira, tranqui.

–Ahí, muy bien.

–Este me recuerda al de Física, me recuerda al de Física, o no.

–Si haces caso a mi hermano que es este no te tocamos ni un pelo.

–Porque somos tres hermanos, como en las películas.

–Pero si no, pero si no.

–Anda, para un poco, no te rayes.

–Me recuerda al de Física que me suspendió en septiembre, es él, eres tú, ¿eh?

–Saca el móvil, porque tienes móvil, ¿no?

–Eres tú el de Física, ¿eh? Oye.

–A ver qué móvil has mangado.

–¿Tienes móvil? ¿Sí? ¿No?

–Ah, un Samsung, mira por dónde, y qué más tenemos por aquí. Unas llaves. Veinte pavos. Una Visa. Adrián Sureda.

–Ah, no es el de Física, pero mira, la has cagado igual, la has cagado igual.

–A ver, Adrián, ahora vas a entrar en Airbnb y nos vas a poner cinco estrellas de calificación.

–Eso es, Adrián.

–Cinco estrellas, eso es.

–Y vas a poner que recepción estupenda y que tenemos aire acondicionado y asistenta. Gratis.

–Pon. Pon.

–Y ordenador y wifi.

–Cinco estrellitas tiene mi cama.

–Y bañera de hidromasaje.

–Eso es. Muy bien.

–Ya está.

–Bueno, Adrián, has visto.

–Qué fácil.

–Toma tu Visa.

–Y tus llaves. Las llaves.

–Y aquí no ha pasado nada.

–Bueno. Que tires.

–Ya está.

–Que ya está.

–¿Qué quieres? ¿Liarla?

–Que tires, joder, que tires.

–Venga, adiós, Adrián.

–Eso, así, adiós.

–Llama cuando llegues.

–Y ten cuidado con la gente de por aquí que no son lo que parecen.

Adrián los ve marcharse por donde han venido, con los palos al hombro y las Castanyer y los pantalones con los bajos deshilachados. Se han llevado sus veinte pavos. Pero le han dejado una idea que vale mucho más.

Un buen argumento tiene que ser breve y tiene que ser conciso, firme, tenso, como la cuerda por la que camina el funambulista sobre el abismo.

–Eres muy callado, tú.

–Será que prefiero escuchar –dice Vicente.

Como no se divierte con nadie ni se aburre con nada prefiere ir a su aire y cuando habla lo hace con frases cortas con las que dice todo lo que hay que decir, frases muy cargadas, sin derecho a réplica. Tampoco espera que nadie le pregunte por él mismo, solo que le pidan cosas. Al fin y al cabo dirige un camping. Da una suave patada al balón y trota con desgana hacia la portería. Está en medio de un campo de futbol que los chavales del pueblo han ido despejando de matorrales a lo largo de lustros, lleno de charcos embarrados y cagadas de perro y huellas de tractor. Adrián ha estado siguiendo a Vicente desde bien temprano, al supermercado pijo del Hiver, al estanco del pueblo, hasta aquí.

Vicente se detiene. Mira hacia la portería. Da una patada. Mete un gol. Desde unos cien metros.

–Joder, colega –murmura Adrián–. Vaya golazo.

Vicente baja la voz, tanto que parece que hable para sí mismo, pero aun así se oye como si resonara entre los árboles.

–Dime qué quieres de una puta vez.

Vicente sigue ahí clavado, haciendo rodar el balón bajo su pie, despacio, con las manos en las caderas, como si tuviera todo el tiempo del mundo y el viento fuera siempre a moverle el pelo como ahora mismo, una brisa que solo soplara para él, el héroe indescifrable, el héroe sin usar.

–Dime qué quieres tú –dice Adrián.

–Yo no quiero nada.

–Bueno, mira, no sé qué te pasa, ni quién coño eres, ni cuál es tu rollo,

pero, joder, por lo menos sabrás lo que tienes ahí, es oro, te das cuenta, un filón, aquí no pasan cosas así, ni en ninguna parte, digo yo que al menos sabes que es algo que se sale de lo corriente. O no. O no te das cuenta. Soy Adrián, por cierto –dice por quinta vez, tendiéndole la mano, aunque enseguida la retira porque sabe que el otro no la va a estrechar. Vicente se rasca la entrepierna mirando a Adrián, en un gesto muy evidente que Adrián elige pasar por alto.

Vicente se le acerca de pronto. Tiene pecas de viejo bajo los ojos, las uñas muy mordidas. Son guapos los dos pero de forma muy diferente, como las dos caras de una moneda: Cruz la de Vicente, Adrián, la cara. Dura.

–¿Tú crees en esas cosas? –pregunta Vicente.

Adrián no dice nada. Vicente chasquea la lengua.

–Te has equivocado de cabo a rabo. Con todo –dice Vicente apartándose unos pasos.

–Los círculos están ahí.

–Los hace el viento.

–Mis cojones el viento.

Vicente se aprieta los ojos cerrados con el índice y el pulgar, como cuando quieres contar hasta diez pero no llegas ni a cuatro.

–Ya. Ya está. Mira, déjame en paz, tío, paso –suelta Vicente. Dice algo como para sí, que Adrián no alcanza a oír. Luego da una patada al balón, que traza una parábola perfecta y se detiene a unos cinco metros de altura, desde donde tiene una visión cenital de las copas de los árboles, la pinaza, las caras de Adrián y Vicente vueltas hacia el cielo, una sargantana junto al enebro, los kleenex usados bajo el pino y un conill, y, tras cuatro segundos arriba del todo, desciende hasta acabar al otro lado de la portería donde se queda completamente parado como si fuera de plomo macizo–. Y ahora, largo.

Adrián se saca entonces la bola extra que se tenía guardada.

–Como no me digas cómo haces los círculos te pongo una denuncia en TripAdvisor.

Vicente se para en seco como si le hubieran dado una bofetada.

–Pero de qué hablas.

–Lo que oyes.

–Calla la puta boca. Calla la boca o te la rompo, joder.

–Una denuncia no, treinta, cincuenta, no me cuesta nada, puedo decir lo que me dé la gana, que no funcionan las lavadoras, que no hay vigilancia, lo que me dé la gana. Y te cierran el camping.

Vicente se queda inmóvil. No dice nada. No parpadea. No respira. De pronto se acerca despacio a Adrián.

–Como vuelves a amenazarme una sola vez más o vuelva a verte la cara, paso el cortacésped y de los círculos no queda nada. Me has oído. Nada.

16

Camping. Exterior. Noche. A eso de las tres de la madrugada, cuando no es verdad que todos duermen. Adrián, por ejemplo, está despierto, metido en el Cooper. Esperando. Se está haciendo un maestro de la espera, lo único zen que practica. Vicente también está despierto, la luz de su bunga sigue encendida, una luz velada y tibia, la única visible en todo el recinto. Qué cojones estará haciendo ahí solo. Las tres y media. Otro borracho en bicicleta. Es sábado. La luz se apaga a eso de las cuatro menos veinte. Adrián sale del coche y entra en el camping con una copia de la llave que ha hecho. Ahí está Ocho, junto a la piscina, como una pieza de decoración. Aunque haya cien gatos más por aquí, siempre sabes que es Ocho. Esa expresión de estar de vuelta de todo, de pillarte en falta. Adrián va rodeando el camping por lo oscuro hasta llegar al aparcamiento del fondo. Busca la Montesa de Vicente. La coge y se dirige hacia la verja empujándola, muy despacio, mirando alrededor para comprobar que no lo ve nadie, un niño jugando mal al escondite. Cuando llega a la altura del bunga de Vicente le saca el dedo corazón.

–Anda y que te den con tus amenazas –piensa bien alto.

Sigue, sin arrancar el motor, solo empujando. Atraviesa la cancela y cruza la carretera. Entra en el sendero del bosque, va silbando por lo bajo, le pone un poco nervioso esta oscuridad abundante que no refleja absolutamente nada, puro terciopelo. Enciende la linterna del móvil y descubre que Ocho va a su lado.

–Largo –susurra Adrián.

Pero Ocho qué se va a largar. Continua a su lado mientras avanzan entre los árboles, la luz de la linterna va alertando a los conejos y a las culebras y a los bicharracos que escapan haciendo crujir la pinada por donde pasan, despertando a las lechuzas que huyen blancas y enormes y ciegas.

Las alimañas. Qué es eso de las alimañas. ¿Muerden, las alimañas? ¿Arañan, se arrastran, escupen, pican, saltan, qué? Qué bichos habrá por aquí, en el bosque, se pregunta Adrián, que no ha pisado más que asfalto y arena de Comporta durante gran parte de su vida, y qué es esto de lo profundo del bosque, la selva y sus cosas, esta humedad pesada, las sombras densas dentro de sombras más ligeras, las hojas

crudas, la saliva. A ratos todo esto tan bonito, tan de serie B, tan evidente, le pone de los nervios. Animales no ve ni uno por ninguna parte. Ay, joder. Eso es lo que le pone de los nervios. Los oye, sus ruidos, sus ruiditos, el roce de las hojas vigilantes, algo que se arrastra, una rama que se rompe, dónde cojones estáis, dad la cara, yo también puedo dar miedo, a ver, voy sobre dos patas, mido uno ochenta y cuatro; está sobrio, hoy, o al menos lo bastante como para entender, de pronto pero muy lentamente, que no dan la cara por eso, que no los ve por eso mismo, porque aquí quien tiene más miedo de verdad son los bichos. Los animales. Las alimañas. Lo salvaje de Valencia.

Aquí está. Un sendero natural entre los pinos, apenas un brazo de ancho. Se ha puesto un jersey y pantalón largo sabiendo que va a arañarse con la maleza. Apenas cabe, pero entra con la moto, la empuja unos metros hasta llegar a lo más espeso. La deja ahí, escondida en medio de la maraña de ramas y espinos, donde sabe que nadie la va a encontrar. Cuando vuelve al sendero Ocho está ahí pero ya no lo sigue, como si le cediera el paso, como el perdonavidas que es.

El Sidi Saler, un hotel de cinco estrellas que lleva más de diez años vacío, desierto, esperando la demolición por la ley de costas, una demolición que no llega porque no hay pasta. Para construir esta visto que sí, pero para quitar lo que sobra, nunca. El hotel, ahí solo, sin nada que decir ni nada alrededor, está en la misma playa. Adrián quiere ver en qué condiciones está, a ver si les sirve como plan B para meter a los del festival. En el Sidi ha dormido Tina Turner, eso le han dicho alguna vez, y Sting ha dormido ahí también, si es que alguien dormía en los ochenta. Y Berlanga. Berlanga el Grande, el fantasma de Berlanga riéndose a troche y moche, durmiendo con los zapatones puestos cada noche en una cama diferente, como Ricitos de Oro. Desde la playa se ven las habitaciones aún con las cortinas descorridas, los cascotes sobre las sillas de enea, las palmeras canosas, encorvadas, viejísimas. Adrián intenta entrar pero el segurata de la garita, un tipo harto de visitantes y de quinceañeros que quieren colarse para hacer psicofonías de la voz de Madonna, se lo impide. Detrás del segurata, que mide uno noventa y pico, crece la mala hierba altísima en las grietas de cemento.

De vuelta caminando al camping entra en YouTube para ver algún vídeo del interior, quiere saber quién es el propietario actual del hotel, qué se cuece ahí dentro. Descubre un vídeo de la piscina cubierta de hojas de palmera, los pasillos, las habitaciones frías de eco. Descubre eso y también un vídeo de Vicente. Es un vídeo del programa de Willy.

Willy está ahí, algo más joven, lleva unas gafas sin cristales para darle un mínimo de empaque al asunto y un boli con el que señala el turno de los participantes y que no usa para nada más. El programa lo graban casi a oscuras, sin apenas público, en medio de la cancha de baloncesto del polideportivo de atrás, con una lámpara de pie de Ikea entre dos sillas de tijera sobre una alfombra kilim. Ahí están sentados Vicente y un señor. El señor es pescador. Eso dice. Tiene esa piel de ladrillo de los pescadores. El señor ha venido con su caña y todo, que sostiene vertical como si fuera un cetro, y una grabadora sobre las rodillas. Este señor dice que el mar habla. Que el mar tiene un lenguaje. Lleva cuarenta años pescando en la playa de Pinedo y ha descubierto que las olas emiten señales en morse. Habla, el mar, para quien quiera oírlo, se comunica. A buen entendedor pocas palabras,

etcétera. Luego asiente y coloca la grabadora en el suelo y la enciende. Cierra los ojos. Suenan las olas del mar. Aprieta los ojos y levanta el dedo de vez en cuando como diciendo ahí, ahí. Willy, que ha apoyado la barbilla sobre el pulgar y el pómulo sobre el índice, sonríe. Asiente. El pescador dice que le gustaría mucho traducir lo que el mensaje dice pero que de momento hasta ahí puede llegar. Muy bien. Luego le toca el turno a Vicente. Lleva el chándal negro de siempre aunque el vídeo es de unos cinco años atrás. Está aun más delgado y parece asustado aunque intenta disimularlo, como si arrastrara a su paso una sombra de miedo que quiere ocultar y que le hace parecer demasiado vulnerable o confuso o solo a gusto en un universo del que debería salir más a menudo. Willy, muy consciente de sus ochenta kilos de pantalón bien ajustado, de su programa con muchos likes, acerca el micrófono a Vicente.

Vicente baja los ojos y fija la mirada en la alfombra gastada sobre el linóleo.

Entonces Willy le pregunta por lo de sus padres.

Venden miguelitos. Lo pone fuera: «MIGUELITOS DE LA RODA», pegado en el cristal sucio de la tienda de la gasolinera, perdida en medio de La Mancha como un carromato del Oeste, bien visible para los indios, a unos trescientos kilómetros de Madrid, a donde tienen que ir a arreglar cosas de papeles de su padre, del camping, que va fatal. Es medianoche. A Vicente le gustan los miguelitos, le gusta el dulce, a los trece años necesitas azúcar y triglicéridos como el coche, un Seat León rojo, necesita gasolina. Lo que llevan de viaje va regular, con mucho parones, como son los viajes con hijos únicos, es decir, ruidosos, es decir, con todo el asiento de atrás solo para él, como si estuviera sentado en un cine donde proyectan el pase privado de su vida, algo que en algún momento de su adolescencia verá que no es ni la mitad de guay de lo que la gente cree. Después de llenar el depósito, su padre ha ido a pagar dentro, a la tienda. Va de chándal. Con un chándal dejas claro que te mojas, que curras, y con un chándal negro además te guardan respeto, le ha dicho a Vicente alguna vez. Tiene cuarenta años, un anillo de sello en el meñique. Le gusta conducir porque así puede hablar sin tener que mirar a la cara de nadie. Vicente se ha quedado sentado en el asiento de atrás del coche, escuchando a Seguridad Social en los cascos. Detrás de la gasolinera hay un camión enorme aparcado, sin letreros, blanco como la nieve, el coche fúnebre del Yeti, y más atrás todavía se recortan las siluetas de los abetos todos bonitos y todos iguales y rectos como en un Christmas. Vicente mira a su padre dentro de la gasolinera y a su madre, que ha entrado a comprar eso, unos miguelitos. Su madre lleva un vestido con un estampado de cortina de ducha, qué flaca está, Gwyneth Paltrow en un mal año. Los ve ahí dentro de la tienda, con una luz muy fuerte, fría, en medio de la noche caliente. Los ve desplazarse por la tienda, entre Coca-Colas de dos litros y bollería industrial, muchos colores brillantes siempre en las gasolineras, como si fuera noche de Reyes todo el año. Su padre va con unas gafas de sol graduadas, es muy miope. Coge un cartón de Marlboro y lo deja. Su padre va un poco borracho pero nadie lo diría. Como han dejado el coche un algo apartado de la tienda a Vicente sus padres de pronto le parecen lejanos, dos extraños en una película. Vicente tiene hambre y va a decirle a su madre que compre algo más que los miguelitos pero de pronto le da pereza ponerse las zapas, salir, y prefiere mandarle un mensaje. Coge el móvil y se queda mirando la pantalla, dudando, no sabe qué le apetece. Mira afuera. Baja la ventanilla para que entre el

aire, ahí dentro huele a tabaco y a los tomates que han comprado en un puesto de carretera en El Perellonet. Aparcados a unos metros hay un par de camiones de mudanzas Gil Stauffer y una moto con un tío con unos cascos puestos. Lleva traje de motorista de los de cuero de la cabeza a los pies pero unas espardenyes. Y está inmóvil. Rígido. Como si fuera parte de la moto. Vicente se coloca los cascos y se pone a oír a Ventura. Se tumba en el asiento de atrás y se queda mirando el techo del coche. Hay unas manchas de barro, huellas de zapatos, que no tiene ni idea de cómo han llegado ahí, y una pegatina a medio arrancar. Unos Cheetos, unos Haribo, un mixto con huevo, eso le apetece. Un mixto con huevo no sabe si van a tener, pero lo escribe en el mensaje a su madre. Se lo envía. Su madre ahora está mirando unas flores en un expositor. Vicente no sabe si son reales o artificiales, tendría que estar ahí con ella, tocarlas, para comprobar si son de verdad o no, aunque siempre serían reales. Están aquí, en este mundo, en la realidad, las flores, amarillas, eso sí que es una verdad como un templo, piensa, y vaya frase, esta del templo. Un templo de qué, piensa. Su madre, treinta y cinco años, pelo rubio, duro, coge un ramo de flores amarillas. Vicente cuenta las pisadas en el techo: cuatro. Ahora suena Mausoleo en los cascos. De pronto nota un cambio muy rápido en la luz, como cuando se refleja en una puerta de cristal que se abre y se cierra de golpe. Se da cuenta de que se había quedado dormido y ahora está despierto. Ahora suena «Comerranas» en los cascos. Mira hacia la tienda y ve al motorista de las espardenyes saliendo al exterior. Camina muy deprisa, es joven, tendrá unos veinte años y sigue con los cascos puestos. Lleva una bolsa de plástico en la mano, la agarra tan fuerte que tiene los nudillos blancos. El chaval está sudando, mucho, tiene el flequillo pegado a la frente, y aunque Vicente tiene trece años ya distingue a un adicto a la legua. Vive en un camping. El chaval está blanco como la cera. Se está aproximando a la salida, con los ojos muy abiertos de los locos. De pronto ve a Vicente dentro del coche y se detiene en seco. Como si le hubiera partido un rayo. Se lleva una mano a la boca y la retira. Luego se acerca, despacio, con los ojos clavados en él y cuando llega al coche apoya la mano contra el techo y se baja los cascos como si fuera a decirle algo. Vicente se baja los suyos. Se miran. Oye la música de los cascos del chaval. Está escuchando «Comerranas» de Seguridad Social. «Comerranas». Igual que él. El motorista cierra los ojos entonces como queriendo borrar de su vista a Vicente. «Y mientras las devora pierde los sentidos», en los dos cascos. Cuando los abre está ya mirando a otro lado, hacia la salida a la carretera. Retira la mano del coche, se coloca los cascos y se aleja lentamente, andando raro, los pies pesados, despertando del traje mal puesto de una pesadilla. Camina hacia la carretera.

Oscura, sin alumbrado.

Donde no hay nada.

Y desaparece.

Vicente vuelve a colocarse los cascos, se quita las zapas de dos golpes de talón. Y se tumba boca arriba. Mira la pegatina medio arrancada del techo. Es del Valencia C. F., eso es, el escudo de la ciudad con el murciélago, ese murciélago negro y viejo que a Vicente siempre le ha parecido de película de terror. De dónde viene ese murciélago, qué pinta en el escudo de Valencia, ahora se lo preguntará a su padre. Que está tardando mucho en salir. Sí que están tardando sus padres. Mira hacia la tienda de la gasolinera. No los ve por ninguna parte. Deben estar en el baño. El murciélago de la noche. El murciélago de los vampiros. El murciélago de los desaparecidos. El murciélago de los aparecidos. Si se bajara los cascos notaría un silencio muy distinto de todos los que ha conocido hasta ahora, está el silencio de las cosas que callan y está el silencio de cuando no hay nada que callar, pero no se baja los cascos. Sigue mirando el techo. Cinco minutos más tarde le sorprende reflejado en el retrovisor el intermitente azul de un coche de policía que entra en la gasolinera. Y una ambulancia. Dos. Tres ambulancias. Ahora sí se baja los cascos. Antes de frenar del todo ya se han bajado de una ambulancia dos enfermeros que corren hacia la tienda y del coche patrulla uno de los policías. El policía es una mujer. Una policía, una poli de pelo blanco, que mira a su alrededor hasta que descubre a Vicente. Para en seco. Se lleva la mano a la pistola en el cinto. Se acerca despacio y enseguida suelta la mano de la pistola. Luego hace un gesto con la mano, la palma hacia abajo, como diciendo que baje la voz. Cuando llega al coche mira adentro y le pregunta cómo se llama. Después abre el coche y se sienta junto a él. Le pone la mano, la misma que agarraba la pistola, la que le pidió callar, sobre la cabeza. Los enfermeros ya están dentro de la gasolinera. Se mueven muy deprisa alrededor de algo en el suelo, se agachan, se levantan, dos de ellos salen corriendo hacia la ambulancia. Las luces, la sirena, las voces del otro policía dando el parte por la radio: «Tres», dice. «Tres.» Todo este ruido multiplicado por el eco de lo tremendo dentro de la cabeza.

–Tres qué.

Vicente mira las huellas oscuras que van dejando los enfermeros al salir de la gasolinera.

–Tres qué.

La poli le coge suavemente por la nuca y le coloca la cabeza contra las rodillas.

–Quiero salir.

La poli agacha la cabeza también y la coloca junto a la suya.

–No mires.

Vicente se queda con la vista clavada en el suelo: una botella de agua vacía, arena de playa, el resto de la pegatina del Valencia C. F., el móvil de su padre con la cara de Vicente de fondo de pantalla, su cara de niño guapo, de Bruce Wayne, con una camiseta a rayas que también lleva ahora en el coche y que no se quitará ya nunca, aumentando de talla con él con el paso de los años, adaptándose a medida que crece, que se hace adulto, y que a veces querría quitarse pero no puede.

–No mires.

Y Vicente no mira.

–A ver si lo hacemos.

«A ver si lo hacemos» en boca de Willy quiere decir tomar la A3 a una velocidad continua que le permita saltarse todos y cada uno de los semáforos en ámbar de aquí a Madrid. El coche de Willy está inundado de ese olor tan penetrante y tan español a puro y a la salmuera del palillo con el que se perfora el cigarro, no quiere poner el aire acondicionado porque es malo para la voz ni abrir la ventanilla para que no se le vuelen los papeles.

–Qué papeles.

–Esos de atrás.

Adrián se vuelve a mirar y ve varias carpetas y sobres y libros de instrucciones tirados sobre el asiento.

–Son de un amigo mecánico –dice Willy–. Tenemos un poco de follón con la fosa séptica, sabes.

Llegan al bunga de Willy, que se pone a comer lentejas, sin calentar, directamente de la lata, mientras le cuenta cómo llegó al camping. Antes trabajaba en Madrid, dice, para el Ayuntamiento, poniendo multas en los coches que se habían pasado de la hora de aparcamiento, todo bien, le gustaba andar por la calle, ir a su aire. Hasta que una tipa se cabreó con ella por multarla y empezó a montarle tal bronca que al final a Willy no le quedó otra que arrearle un buen sopapo. La echaron, claro. Y así acabó en El Saler, donde Vicente no le preguntó nada. Vicente nunca pregunta. No le gustan las preguntas. Adrián quiere saber si Vicente tiene pareja o algo parecido. Según le apetezca, dice Willy. Como es tímido al hablar con las chicas lo hace mirándoles solo al ojo izquierdo, el ojo de las emociones, y eso las vuelve locas. Como si les adivinara el pensamiento, dice. Muchas novias y todas extranjeras. Además, es guapo, dice. Por si no se ha dado cuenta.

–Tú tampoco estás mal. Será guapo, el jodío –le suelta de pronto–. ¿Tienes pareja o lo que sea?

–En Sevilla.

Mentira. Pero no quiere problemas. Ahora anda suelto pero será por novias, tantas como primaveras tiene. Bellezas de esas que viven aterradas de que las mire o se les acerque un tipo cualquiera o feo o uno que no esté a su altura y van siempre con el gesto congelado, las caras tiesas. La última dejó a Adrián hace un par de meses en cuanto se quedó sin pasta, como las otras. Era muy aburrida pero qué más da.

–Sevilla está muy lejos –dice Willy.

Willy, cuando se quita la ropa, es una tipa grande, de muslos redondos, parece una caricatura de Robert Crumb. A mitad de la faena empieza a sonar «Louie Louie» en el móvil de Willy. Contesta. Es Vicente. Otra vez la fosa séptica. Le dice que vale, que ya va, pero no va, se queda con Adrián un buen rato más.

Cuando acaban Willy coge una bolsa de pipas y empieza a partir una con los dientes mientras lo mira vestirse, abrocharse su bonita camisa estampada de Brava.

–Yo sé por qué estás conmigo aquí ahora y me parece muy bien –le suelta escupiendo una cáscara.

–Ah, ¿sí?

–Tienes algo en la cabeza que me vas a contar.

Adrián se echa a reír, le gusta esta chica, es como si dijera todo lo que se le pasa por la cabeza pero Adrián empieza a sospechar que se guarda mucho más de lo que parece.

–Tú y yo vamos a hacer cosas grandes, Willy.

Adrián se queda mirando a Willy en bragas, despeinada, enorme, sentada en la encimera de la cocina del bunga junto a la tele encendida que da un reality de sopladores de vidrio.

Entonces Adrián le cuenta lo del festival.

Broseta tiene quince perros, ninguno suyo. Broseta se ofrece siempre para pasear las mascotas de los otros clientes del camping: perros, gatos; prefiere la compañía de los animales a la de las personas. Es de poco hablar. Así que tres veces al día recoge algunos bichos y los lleva a la playa a que hagan sus cosas cuando atraviesan el bosque. Ahora lleva solo dos, está empezando a anochecer, lo acompaña Mornell, que es como otro animal más. Va delante, luego Broseta, luego un gran danés y luego un galgo y unos veinte metros atrás Adrián, que los está siguiendo a escondidas aunque a cada tanto el galgo, un tal Cromwell, se vuelve a mirarlo por el rabillo del ojo, lentamente. Adrián los está siguiendo porque cree que estos dos traman algo, suele sorprenderlos cuchicheando pero casi siempre están callados el uno con la otra, que es lo propio de la gente que está en el ajo, la boca cerrada, esa complicidad de silencio. Siempre juntos estos dos, como si fueran a robar un banco. Mornell va cambiando el Spotify, sin decidirse. Cuando llegan a la playa Broseta suelta los perros, que salen disparados cada uno en una dirección, el añil de sus collares fluorescentes perdiéndose en la distancia. Mornell se sienta en la arena y Broseta, en bañador, entra en el mar después de quedarse unos segundos con los brazos en jarras contemplando el horizonte a punto de desvanecerse en la noche. Mornell sigue fumando. Broseta se adentra tres pasos y ya está con el agua a la cintura, avanza poco a poco hasta que al final apenas se le distingue. El mar está más o menos inquieto, sin sueño, esta noche no piensa dormir. Suena el chapoteo de Broseta a lo lejos y nada más.

–No sé quién eres pero sé que estás ahí –dice Mornell muy alto, sin volverse, como si le diera lo mismo–. No llevamos nada encima.

Le han tomado por un chorizo. Que lo es, piensa Adrián, conteniendo la respiración. Mornell se mueve en la penumbra, Adrián ve las brasas de su cigarrillo, suenan sus pisadas en la arena húmeda. Decide marcharse antes de que vuelvan los perros y lo descubran. Contiene unos segundos la respiración. Entonces suena la voz de Broseta en la distancia, mar adentro.

–¡Mornell!

Mornell se detiene.

–¡Mornell!

–¡Qué!

–¡Dónde estás!

–¡Aquí! ¡En la orilla!

–¡Enciende el móvil! –grita Broseta.

–¿Así?

–¡Y levanta la mano!

Mornell levanta el brazo con la linterna encendida.

–¡Qué pasa! –grita.

Broseta no dice nada. No se oye nada tampoco.

–¡Bro!

Mornell se acerca a la orilla, se adentra unos pasos en el agua, suenan unas brazadas.

–¿Estás ahí? –pregunta la niña.

Se oye una respiración pesada, más brazadas lentas.

Al cabo de unos segundos emerge Broseta a unos metros, el pelo blanco y largo chorreando a su espalda, la piel pálida, con grandes pecas rosadas, las manos hacia delante como tanteando en el aire.

–He perdido las gafas en el agua –dice avanzando hacia la orilla– y no veía la playa.

–¿Todo bien?

Broseta asiente. Mornell da un silbido entre dientes, un silbido de obrero llamando a los perros mientras ilumina a Broseta, que empieza a abrocharse despacio la camisa con la cara vuelta hacia Adrián, los ojos clavados en él como si lo viera perfectamente, ojos ciegos de profeta, y supiera quién está ahí.

Willy llega enseguida. Se han citado aquí, lejos del camping, en el kiosco del Carabinero, en este sitio donde el tiempo y la realidad, que nos guste o no van de la mano, se detienen. Willy se ha puesto encima del mono azul la capa acrílica del Tiger color fucsia, barata, y las trenzas rubias enroscadas como recién salida del Midsommar. Fea y sin lavar. Hace frío aquí en el corazón del bosque, y Adrián, que solo lleva su camiseta de Scotch & Soda, tiene el vello de los brazos de punta.

Cuando el Carabinero la ve llegar descuelga una bolsa de pipas del soporte y la coloca sobre el mostrador. Ya conoce sus gustos. Willy coge la bolsa y le guiña un ojo a Adrián al tiempo que le señala con la cabeza en dirección al bosque.

–Ciao, caro –se despide Willy abriendo la bolsa con los dientes. Caminan un rato hasta que llegan a un punto muy tupido, todo troncos y hojas y sombras cruzadas. Willy escupe el pedazo de plástico sobre la alfombra de agujas de pino, tan mullida que parece que respira.

–¿Y? ¿Para qué querías verme?

Willy asiente con la cabeza mientras rompe una pipa entre los dientes. Se queda un momento masticando como si tuviera que masticar también las palabras antes de hablar.

–He estado pensando. Y tengo un plan.

–Un plan.

–El festival ese.

Adrián la mira de costado, medio intrigado medio alerta.

–Voy a taponar la fosa séptica –dice escupiendo otra cáscara.

–La fosa séptica. –Adrián ha escogido la postura psicoanalítica y cautelosa de repetirlo todo, que es siempre lo más higiénico.

–Sabes lo que es una fosa séptica, ¿no?

–Más o menos.Y eso para qué.

–Para que venga Sanidad y cierre el camping y multen a Vicente. Que no tiene pasta para pagar una multa de Sanidad, ya me he enterado yo, he estado viendo los libros de cuentas. Con Vicente fuera de juego tenemos el campo libre para montar el festival. –Willy se echa a reír. Abre tres pipas a la vez. Es una profesional.

–Sanidad. Multa. Festival.

–¿Cómo lo ves? –pregunta Willy, escupiendo otra cáscara, dejando tras ella un rastro de cuento de Grimm.

–¿Cómo lo ves tú?

–Te veo muy espeso hoy.

–Perdona. Es el tiempo.

–Lo único que hay que hacer es mantener a Broseta lejos del camping mientras yo esté en la fosa. No me quita ojo de encima desde hace días, se huele algo. Hay que joderse con el viejo. Vamos a aprovechar el día de su cumpleaños, es el jueves que viene.

–¿Ya? ¿Tan pronto? Pero ¿tú estás segura de todo esto?

–Ya lo creo que sí. Es el momento perfecto, van a acabar todos borrachos o durmiendo la mona.

Willy coge a Adrián del hombro y lo va conduciendo al interior del bosque mientras le va explicando punto por punto lo que tiene que hacer y cómo y dónde.

–¿Has entendido?

Adrián asiente. Han llegado a un claro donde hay un merendero, cuatro mesas con bancos corridos y restos de una fiesta, vasos de plástico, confeti, unos globos de helio metalizados que se han enredado en unas ramas. Un globo de un 2 y un globo de un 7. El confeti está empapado de cerveza y ron.

–Pues aquí lo dejamos.

–Nos vemos en la fiesta de cumpleaños, sí.

Adrián se sienta en el banco mojado, huele a ron y a pastelería industrial, mira a Willy alejarse en el bosque, ya es casi de noche, ve

el chisporroteo de la manta acrílica al rozar su piel, pequeñas estrellas de bengalas, chispas en lo oscuro que se alejan hasta desaparecer del todo entre los árboles.

Campos de arroz, campos de arroz, campos de arroz, Catalina. Arroz vietnamita y laosiano, indio al curry, chino tres delicias, cingalés, japonés, tanzano. El nuestro, el de aquí, el de estos campos valencianos: senia y bomba, grano redondo. Eso le han dicho en Ca Pepe cuando le han puesto la tapa de arroz del senyoret y una mistela, mientras se pone a darles vueltas a los círculos en su cabeza. Giran. Giran. Qué gran marcianada, piensa. Dónde está, cómo es esa frecuencia de onda, es sobrenatural o es subnatural, es ultravioleta o infrarroja, es honda y profunda o es ligera y volátil. Es subatómica o es universal. O todo junto. O nada de eso. Las flores que abren de noche, la lluvia de langostas, la sombra inexplicable de la llama de un mechero, la cola resucitada de la lagartija, el gato de Schrödinger. Incluso todo eso, que tiene demostración racional de su rareza, que todos hemos visto o tocado en algún momento, que tiene explicación de pe a pa, la tiene poca. Y ahí está.

Cuando llega la noche se pone a caminar por la carretera de atrás de Pinedo, bordeando los arrozales, sin alumbrado, con alguna casa por ahí, y entonces ve todas esas estrellas muy juntas, hasta abajo del todo del horizonte, como un telón que fuera a descorrerse y mostrar todos los planetas muy cerca, monumentales, aquí al lado, girando lentamente como un render pero muy bien hecho, cuando ve eso, esa quietud acostada, cuando escucha la chicharrera finita, y no hay aire que mueva ni una hoja, y camina de perfil para no perderse nada de ese prodigio, que le parece la imagen perfecta para la promo, como no va mirando el suelo se tropieza con una piedra y se cae a una acequia. Como san Pablo.

23

Es 25 de octubre, el día de la batalla de san Crispín, el día del cumpleaños de Broseta. La fecha señalada. Broseta ha traído cinco cajas de cava alicantino, malísimo, y tres de Coca-Cola Cherry Vanilla de oferta del Lidl, una combinación no precisamente venturosa. Hay regalos, un llavero de Terra Mítica, un ventilador del Cash Converters, cosas usadas o de segunda mano sobre las que hacen alegremente la vista gorda, y un jersey de cachemir de Adrián que corta un poco el rollo y que Broseta se queda mirando unos segundos, sin tocarlo. Luego le da las gracias, algo perplejo, y se lo pone aunque están a treinta grados. Y le está grande. Bailan, beben, cantan coplas, comen torreznos y bizcocho de mármol y ensaladilla rusa y a media tarde hay más gente ya que en una boda gitana. Petardos. Vicente trae la tarta que le ha hecho y la coloca sobre los huesos pelados de las alitas de pollo, no hay otro sitio libre. La tarta es un lemon pie con setenta velas que empiezan a hundirse lenta e irremediablemente en el merengue como una promesa de lo que a Broseta le espera ya en la vida. Primeras vomitonas. Sacan una sola botella de Oporto que han conservado más de la cuenta y brindan por los setenta años de Broseta, que hoy lleva moñito de instructor de surf. Más baile aunque ya no hay música. Todos se quieren. Cuartas vomitonas. Cuando acaban, a eso de la medianoche, borrachos perdidos en sus respectivas madrigueras, quedan por ahí las botellas y las latas y los huesos de santo y los platos manchados del colorante rojo de la gelatina y el silencio. Ocho se queda lamiendo los restos de merengue y limón. Le gusta el azúcar a Ocho. Dicen que a los gatos el azúcar los deja ciegos pero a Ocho no. Ocho lo ve todo.

En la playa. En la playa sin luna. En la playa a las cuatro y media de la mañana. Adrián, que no ha tomado ni una gota de alcohol en la fiesta de cumpleaños, se sienta en la arena a esperar a Broseta con los perros. Está tan nervioso que la playa le parece puesta del revés. Fuma. Tiene que mantener a Broseta lejos del camping por lo menos media hora, según cálculos de Willy. Ha pensado en darle un golpe en la cabeza para dejarlo frito pero eso que en las pelis parece tan fácil en realidad no tiene ni idea de cómo se hace, no quiere ni quedarse corto ni cargárselo, así que solo le queda provocar una pelea. Una pelea de las de antes, de las de bar, algo que no hace desde parvulario. Cuando oye los ladridos enciende la linterna del móvil y la dirige hacia los árboles, moviéndola de un lado a otro como si estuviera haciendo señas. Primero aparecen los perros, que se acercan uno tras otro a lamerle las manos, porque ya lo conocen. Luego Broseta.

–¿Qué haces aquí?– le pregunta sorprendido. Lleva el jersey que le ha regalado, enorme, le asoma un hilo suelto de lana de la manga, una punta de compasión. Adrián se arrepiente de pronto.

–Estoy esperando a alguien.

–¿Aquí? ¿A esta hora?

Pero ya es tarde para arrepentirse.

–Es un asunto privado.

–Ya. Claro. Y tanto privado. Y tú te crees que soy gilipollas, que no sé en qué andas, que no sé lo que quieres, aquí a ti no se te ha perdido nada, pues ya me voy a ocupar yo de tu asunto privado, privado dice, no te jode, yo, personalmente, me oyes. Eh. Tú. Que estoy hablando contigo.

Adrián se abalanza sobre Broseta, lo derriba del empujón y cae en la arena. Se miran sorprendidos un segundo, Broseta tan perplejo que no reacciona hasta que Adrián cae de rodillas a su lado y levanta el brazo para darle un puñetazo en la cara que no le da. Los perros han hecho un corro alrededor y miran con tranquilidad animal. Adrián se aparta, se aleja unos pasos. Va vestido de calle. Sin quitar el ojo de Broseta se quita un zapato y luego otro. Qué cosa tan ridícula. Y luego se

abalanza otra vez sobre Broseta, que se escurre como una anguila de la Albufera, se incorpora, se aleja unos pasos. Tropieza y cae y se levanta envuelto en arena. Adrián se acerca por detrás, le agarra la cabeza entre el antebrazo y el cuerpo y lo aprisiona ahí.

–Ya –susurra–. Para.

Adrián afloja pero no lo suelta.

–Quieto.

Adrián suelta el brazo. Broseta se aparta despacio, respirando con fuerza, más confundido que otra cosa. Le ha entrado arena en los ojos y los tiene cerrados, se lleva la mano al cuello dolorido. Se deja caer en la arena, un fardo seco de bochorno. Adrián se marcha sin mirarlo, no quiere verlo ahí, le da vergüenza. Así es. Espera un buen rato oculto entre los árboles, la verdad es que se siente fatal, no se gusta en ese pelaje, pero ya está hecho. Cuando ve a Broseta caminar medio cojeando de vuelta al camping, manda un mensaje a Willy para avisarla. Pero Willy no contesta.

Mornell será muy lista pero a veces se queda medio empanada, pensando en las musarañas, papando moscas, mosquitos de la Albufera. A veces Adrián se la encuentra sentada al fondo del camping, donde crecen unos tomates cherry que nadie ha plantado ahí, y albahaca verde, que tampoco. Es donde se esconde cuando se harta de la gente, es decir, todas las tardes a eso de las siete. Se sienta en la tierra sucia, cierra los ojos y empieza a escuchar detenidamente, a prestar atención a los sonidos a su alrededor, los crujidos, todas las capas y el espacio sonoro tridimensional que la rodea, los maullidos de Ocho, los coches, los grifos de la alberca, el mar, y eso que está a un kilómetro. Y cuando ha identificado todos y cada uno de los sonidos escoge uno, uno solo, lo entresaca como la hebra de una madeja, lo aísla, le presta toda la atención posible como si fuera a decirle algo, y se queda ahí. Con el ruido del motor de la nevera del camping de al lado, diez, quince minutos, y entonces lo demás, los follones, las quejas de los franceses, el camión de reparto que no ha venido, todo eso, se va al carajo.

–Me quedo como nueva –dice levantándose del suelo–. Me lo enseñó Vicente. ¿Y tú qué haces por aquí?

–¿Todo bien? ¿Todo en su sitio?

–Sí, claro que todo bien y todo en su sitio.

–Es que no veo a Vicente por ninguna parte.

–Habrá ido a Valencia a comprarse una moto. Se la robaron, sabes. Me dijo que iría esta semana.

–¿Y Willy?

–Pues yo qué sé. Por ahí andará.

Lleva horas esperando a Willy. Habían quedado en verse esta mañana temprano en el kiosco del Carabinero, pero ni ha aparecido ni contesta sus llamadas. Sale del camping y se dirige a la rotonda de la carretera, hacia Pinedo, hacia el cine de verano donde tiene aparcado el Mini. Está empezando a chispear, otra vez. Saca el móvil para volver a llamarla. Las gotas minúsculas sobre la pantalla negra del móvil

emiten unos reflejos polarizados, verdes y rojos y azules, como los rayos led de la disco donde se reunió con ella justo después de la fiesta de cumpleaños, para no dejar ningún cabo suelto. Bailaron, a lo bestia, Jamiroquai, como si los dos siguieran en los noventa, les daba igual que los miraran, Willy en algún momento dijo que parte de la pasta que sacara del festival quería dársela a Vicente, un pellizco, que le daba pena. A Adrián le pareció bien, bonito, un gesto de caballero que no pudo más que admirar. Luego Willy se fue al camping y Adrián a la playa.

Seca el móvil contra el pantalón, que empieza a estar empapado. Vuelve a llamarla. Sin respuesta. Nada más abrir la puerta del coche descubre en el suelo un montón de cáscaras de pipas. Así que Willy ha estado aquí, es lo primero que piensa. Qué raro. Lo segundo que piensa es cómo cojones habrá entrado en el coche. Más raro todavía. Dónde está Willy.

Mornell está sentada en una silla de tijera en medio del mayor de los círculos del campo de arroz. Ahora que lo piensa, es la primera vez que ve a Mornell cerca de los círculos, como si le bastara tenerlos dentro de su cabeza excéntrica, desorbitada, disidente, una cabeza muchísimo más grande por dentro que por fuera, para que sean reales. Está sentada muy recta, tirante, como cuando estás atento a que te llamen en la sala de espera.

–¿Qué haces aquí? –le pregunta Adrián, que ha venido a hacer las últimas fotos para la promo del festival.

–Vicente no está.

–Estará en Valencia.

–¿Tres días? No lo creo. No está pero no falta nada suyo en su bunga, he estado mirando a fondo y está todo en su sitio, ha pasado algo y no sé qué es y no me gusta y además Ocho tampoco está. Y esto ya sí que no me gusta nada de nada, Ocho nunca se iría por su cuenta, tanto tiempo, así sin avisar –dice–. Yo creo que se los han llevado.

–¿Que se los han llevado?

Mornell asiente.

–¿Quién? ¿A dónde?

Mornell entonces levanta la vista y señala despacio con el dedo índice hacia el cielo mondo y liso. Adrián se echa a reír. A Mornell esta vez parece que le dé igual que se rían de ella y Adrián de pronto piensa que a su edad, a los once años que debe tener Mornell, aún se hacía el loco la noche de Reyes para que sus padres creyeran que él aún creía, cuando hacía mucho que sabía que los Reyes son los padres. Pero para una niña como esta, piensa, una niña sola, sin raíces, sin ramas ni hojas, sin suelo, los padres serán siempre los Reyes. Y cuando esto ocurre lo más realista es esperar lo imposible.

Adrián le da un golpecito en la cabeza. Hoy Mornell lleva un collar de falsas perlas que le habrá regalado alguna turista, como si esta ocasión lo requiriera, ir arreglada, con sus perlas sobre el mono azul.

–¿Y te vas a quedar aquí esperándolos?

–No, no. Qué va.

–¿Entonces?

–Yo a lo que estoy esperando es a que también me lleven.

Adrián la mira. Se inclina. Le da un abrazo. El abrazo los pilla desprevenidos a los dos, pero aun así lo hacen bien, no a medias, no al aire.

Cuando Adrián se marcha levanta la cámara y, sin saber muy bien por qué, le hace una foto ahí en medio del círculo, sentada con su mono de electricista, mirando al cielo raso de octubre, esperando la dulce compañía.

27

A eso de las cuatro de la madrugada le despierta un mosquito. Ha vuelto tan cansado de celebrar lo de Vicente, a quien ya han dado oficialmente por desaparecido, tan borracho de pasar el día en Pinedo invitando a todas las falleras guapas y los guiris del mundo, que al volver se ha olvidado de poner el mosquitero en la ventana. El mosquito vuela sobre su cabeza, desciende sin prisa, se acerca a su oreja. Se aleja y vuelve. Se va. Vuelve. Se va y vuelve. Adrián da un golpe en el aire, a oscuras, enciende la luz. La almohada está cubierta de pequeños cadáveres de mosquitos muertos, el estampado habitual de la ropa de cama de Valencia. Bosteza. Tiene sed y ganas de mear pero le da pereza levantarse. Se estira. Apaga la luz. Hunde la cabeza en la almohada. Oye algo, de pronto, en el cuarto de baño. Está goteando el grifo. Una dos tres gotas. Dos gotas. Una dos tres gotas. Dos gotas. Otra vez. Un dos tres. Un dos. Es «Loiue Louie». Un dos tres. Un dos. «Louie Louie». Un dos tres. Un dos. «Louie Louie», eso está sonando en el lavabo, no hay duda, se queda pasmado. Un dos tres. Un dos. Se echa a reír. Se queda dormido así, con una sonrisa y el párpado derecho hinchado por la picadura del mosquito.

A la mañana siguiente no recuerda nada de eso.

Jodida resaca.

–Me están mangando delante de mis propias narices –dice el Carabinero, que tiene un acento siciliano fortísimo pero un vocabulario muy nuestro. Son las once y pico de la noche pero sigue con el kiosco abierto aunque con la radio apagada. El silencio ronda todo alrededor. Vigilante y pesado. Ahí iluminado en medio del bosque el kiosco parece la entrada de un casino de frontera canadiense de una peli del señor Lynch–. Por eso he quitado la música.

–Pues lo tienes difícil para verlos venir, aquí no hay más que árboles –dice Adrián, que lleva tres días llamando a Willy. No ha tenido noticias de ella, ninguna llamada. No se ha presentado en su bungalow ni el autocine de Pinedo ni en el centro comercial ni en ninguna parte. Se está empezando a mosquear a ratos. Otros ratos lo que está es preocupado. Willy no solo no contesta el móvil sino que no está recibiendo sus mensajes.

–Oír oigo, pasos, ramas, ruiditos, me quedo esperando, así –dice llevándose el dedo debajo del ojo–. No asoma nadie.

–¿Entonces a Willy no la has visto?

–Ni el pelo.

–Me avisas. Si la ves.

–Vale, ya te aviso. Me debes quince pavos, por cierto.

–Me los pones en la cuenta.

–A ver si el chorizo vas a ser tú –le suelta el Carabinero.

En realidad los billetes los lleva encima pero va tan justo que los tiene en reserva. Los pone sobre el mostrador.

–Hala, toma. Para que veas que no te mango las cervezas.

–No, si no me están robando cervezas.

–Y qué te roban.

–Pipas –dice el Carabinero–. Bolsas y kilos de pipas.

Sobre una de las lavadoras de la sala de lavado (tres, más la secadora donde una vez metieron a Ocho y así se quedó), alguien se ha dejado un libro abierto boca abajo. A Adrián aún le queda un buen rato para acabar de lavar su ropa, así que lo coge. Está en inglés: The Girl Who Loved Tom Gordon, de Stephen King. Adrián lee en inglés. Fue a bilingüe privado. El libro tiene el lomo rajado y huele a patata frita y está más usado que un billete de cinco. Lo abre por la primera página y en nada está por la cincuenta y tantos. Es muy entretenido. A su espalda, en el jardín, han colgado siete u ocho túnicas color azafrán de unos krishnas de Lorca y de Sueca que suelen juntarse aquí, en El Saler. También han colgado su ropa interior, una ropa interior que parece que no se ha manchado jamás. Son krishnas.

El libro de Steve es sobre una niña de unos ocho años que se pierde en un bosque americano del tamaño de Castilla-La Mancha. Más o menos. Una Caperucita que nadie nos lo ha dicho nunca pero que si estaba roja era porque le venía pequeña la caperuza. La niña, como en todos los cuentos, va internándose cada vez más en el bosque, en la tiniebla profunda, hasta el corazón de un bosque que la vigila, la acecha, y donde habita el mal, lo perverso, un monstruo que no se ve nunca, no se manifiesta ni se enseña, pero que está presente todo el tiempo. Adrián se imagina el bosque como si fuera la Dehesa, los largos bazos de los árboles y la pinaza húmeda. A ratos levanta la vista del libro para comprobar por qué programa de lavado va y ve el reflejo de las túnicas amarillas agitándose con el viento. Ha empezado a llover, de golpe, a lo bestia, cómo llueve en esta tierra de agua y fuego y de quinto elemento. El programa no parece avanzar nada. Sigue en centrifugado. Lleva así hora y tres cuartos. Continúa leyendo. La niña del libro en cambio sí que avanza, pero mal. El bosque tiene cada vez peor pinta: ciénagas, ciervos muertos, esa oscuridad muda a plena luz del día. Como si retrocediera al principio del mundo. Ya va por la página 93. El programa sigue en centrifugado. Lleva dos horas y media. Se harta. Cierra el libro. Le da una buena patada a la lavadora, que se detiene de golpe. Saca la ropa, mojada (dos pantalones de hilo egipcio y tres camisas de Laga que le quitó a una novia) y lo mete todo en la bolsa de Ikea que tiene para estas cosas. Cuando sale descubre una carrera de karts en la carretera, karts muy viejos, oxidados, todos rotos. Los conducen niños, además, niños bajo la lluvia, llueve con tanta fuerza que el agua parece blanca, leche. No,

leche no. Horchata. Cuando pasa el último niño, y justo cuando va a darse la vuelta, descubre un resplandor amarillo entre los árboles de la Dehesa, apenas un estallido entre las sombras, fulgurante, que se desvanece enseguida. En el camino al bunga de Willy piensa en cómo acabará el libro, si la niña llegará sana y salva a alguna parte o si se la comerá el monstruo o si al final de todo ese viaje nefasto y laberíntico y plagado de negros presagios el monstruo acabará siendo ella misma. Se pone el pantalón. Ha encogido dos tallas.

Va al bungalow de Willy. Quiere que saber qué ha pasado con ella de una vez. Entra con la llave que ya le ha visto guardar enterrada en la maceta de maría que tiene y de la que nadie ha dicho nunca ni pío. El bunga está helado. Desierto. Con las cosas de Willy, prácticas, escasas, y aun así desordenadas. Registra el armario, los cajones de la cocina minúscula, afuera la lluvia es ya un torrente atronador, una de esas vomitonas de agua color café con leche que se llevan por delante perros, palmeras, coches con una señora dentro. El agua repica contra el techo como si quisiera sacar a un animal de su madriguera. No hay nada por ninguna parte, no solo nada que le indique dónde está sino nada que le diga quién es Willy, alguna foto, un souvenir barato, cualquier cosa. Encuentra un bote de champú al lado de la cama, le parece raro que esté ahí. Lo abre. Dentro está seco y hay unos billetes enrollados. Su cerdito de ahorros. Saca los billetes. Los cuenta. Ciento cincuenta pavos. De pronto le asalta una pena tremenda, como de vaciarse o caer muy despacio. No le dura mucho, la pena, porque el agua cae con tanta fuerza que empieza a ser preocupante.

Cuando finalmente acaba de llover, al cabo de un par de horas resonantes como un tambor de banda valenciana, abre la puerta del bunga y ve que el agua llega hasta el último escalón de la escalerilla de madera. Agua, lisa, amarilla, universal. Más mitos.

Aquí huele a humo de cigarro puro. De los que fuma Willy. El olor es tan penetrante que Adrián mira a su alrededor, está en la playa, donde ha dormido esta noche al raso, con la gabardina de Loreak enrollada a modo de almohada y mirando el cuenco tibetano y resonante del firmamento sobre su cabeza. Todo sigue inundado. Todo sigue inundado, incluidos el bosque y los campos de arroz. Y los círculos. El jueves que viene llega su amigo el abogado. No le ha dicho nada a su amigo, es imposible saber si los círculos siguen ahí debajo, solo cabe esperar. Esperar. Esperar. Se despierta como si hubiera dormido un millón de años, fresco y ligero, de un humor estupendo. Todo le importa un carajo. Es lo que tiene la naturaleza. Empieza a desabrocharse la camisa para meterse en el agua cuando siente ese tufo barato a cigarro que acompaña a Willy por donde quiera que pasa. Ahí contra el fondo de las sombras de los árboles distingue unas hilachas de humo blanco que se elevan hacia el cielo en esta mañana sin nada de brisa ni gente ni ruido. Otra calada de humo. Sale de detrás de unos enebros.

–¡Willy!

Adrián camina hacia el bosque sobre la arena helada de primera hora de la mañana.

–¡Willy, te estoy viendo!

Cuando llega a los matorrales no encuentra a nadie ahí, ni rastro de Willy. Apesta a su cigarro pero nada más. Vuelve a la orilla, mirando cada tanto hacia los árboles, ya no sabe si bañarse o no, si no es Willy quien anda por ahí puede ser alguien del pueblo que vaya a mangarle sus cosas. Pero qué cosas, si no tiene nada. Se quita los pantalones y se queda en bóxers, a rayas, y entra en el mar. El agua está tibia y blanda, de aceite. Da unas brazadas y enseguida pierde pie. Pasa la mañana entera en el agua. Ve a lo lejos un buque de carga que parece una pequeña ciudad asiática y en la orilla la silla vacía del vigilante de la playa. Mira hacia tierra. Qué silencio. Sin olas. Los cuervos. Los árboles. Los árboles sin embargo parecen un coro de ópera, todos apretados en fila mirando al mar, ese instante contenido justo antes de romper a cantar a capela. Todo esto de pronto le parece que se acerca peligrosamente a lo lírico, peligrosamente porque cuando entramos en

lo lírico se acaba lo práctico y cuando se acaba lo práctico puede pasar cualquier cosa. A media mañana, a eso de las doce, un pastor de los Pirineos se acerca a la orilla y empieza a ladrarle. Va solo, sin dueño, y ladra en frases largas como si le estuviera contando algo que le ha pasado. Adrián se deja flotar boca arriba, haciendo el muerto, tiene el sol justo sobre su cabeza. La felicidad es esto. Sobre la arena del fondo del mar, blanca y lisa, se proyecta su sombra. Junto a su sombra, muy cerca, también con los brazos en cruz, hay otra, otra sombra oscura, larga. Tranquila y quieta.

Mornell cruza la carretera en tres grandes zancadas de gato con botas. Sin mirar. Adrián va unos pasos detrás, lleva unas chanclas que arrastra bajo el agua turbia y los pantalones remangados hasta la rodilla, como las mariscadoras. Esquivan las bicis de una docena de surferos en neopreno que van tocando el timbre todo el tiempo, como en Hamelín. Mornell lleva en la mano una llave inglesa enorme que le ha pedido la camarera del restaurante de la playa porque tienen una avería por la inundación y no tienen con qué arreglarlo. Es domingo. Adrián va con ella porque quiere ver si alguien del restaurante o algún cliente ha visto a Willy, de la que sigue sin quedar rastro, como si se la hubiera llevado el torrente. Llegan al otro lado de la carretera y se dirigen hacia el camino de tierra que atraviesa el bosque hasta la playa. Hay una cadena de hierro de lado a lado del arranque del camino con un cartel de PROHIBIDO EL PASO que se saltan a la torera, todo el mundo lo hace. Gastón, uno de los galgos de Broseta, está ahí en medio del sendero, muy quieto, como si estuviera esperándola y llegara tarde. Es fin de semana pero no hay nadie hoy por ninguna parte por la inundación y el día tiene ese aire de fiebre resacosa de los domingos. Mornell echa a andar hacia la playa por el camino con Gastón, flaco y cabreado y ojeroso. Va a acariciarlo pero Gastón no se deja, da un salto. Adrián la sigue, enfurruñado, en silencio, pendiente de por dónde va, con un poco de asco de lo que pueda pisar. A lo lejos suena el vozarrón de Nino Bravo del kiosco del Carabinero y los graznidos de las gaviotas, ese sonido que suena siempre como si dijeran adiós. Mornell empieza a canturrear y a hacer el tonto arrojando la llave inglesa al aire y recogiéndola igual que si ella fuera un slinger y la llave fuera un Colt: arriba, tres vueltas, abajo. Arriba, cuatro vueltas, abajo. Gastón se queja y se vuelve a mirarla. Arriba, seis vueltas, abajo. Gastón suelta un gruñido.

–Y a ti qué te pasa hoy que estás tan raro.

Gastón la mira con esa mirada con la que los animales a veces te recuerdan lo inútil que eres.

Arriba, cuatro vueltas, abajo.

Un inmenso jardín, eso es América.

Gastón se detiene en seco. Enseña los colmillos.

–Está de barro hasta las orejas –dice Adrián–, eso le pasa.

–What's up, Buttercup? –Esto lo ha aprendido de Broseta, se lo dice mucho a ella, que no sabe qué quiere decir pero le gusta cómo suena. Gastón de pronto da un salto atrás, ladra y vuelve a saltar levantando agua, salpicando por todas partes. Una voltereta, un ladrido, un brinco y sale corriendo hacia los árboles, donde desaparece enseguida, tragado por la maleza empapada.

–¡Gastón! –grita Mornell.

Pero Gastón no responde.

–Ve a por él, Adrián, como se pierda con tanta agua no va a saber volver al camping.

–¿Y yo?

–¿Tú qué?

–¿Cómo voy a volver yo?

–Tú ya eres mayorcito, anda, ve, míralo, míralo, ahí está.

La cabeza de Gastón apenas asoma por encima del agua, a unos cien metros, el Nessie de la Albufera. Adrián se dirige hacia el perro, vadeando con los brazos en alto, con la hierba enroscándose en sus piernas, quince, veinte pasos, hasta que llega junto a Gastón. Gastón tiene un arañazo en el cuello y está raro, con esa cara que ponen los perros cuando no saben qué hacer. Se miran un momento y Gastón le señala con la barbilla hacia Mornell, allí a lo lejos. Nino Bravo de pronto se ha ido con la música a otra parte y está todo en silencio. Mornell sigue su camino hacia el restaurante, con el agua llegándole a las pantorrillas. Hay nubes ahí arriba, pálidas, jirones de fibra de vidrio.

–Vaya domingo de mierda otra vez –murmura.

Vuelve a lanzar al aire la llave inglesa. Caramba, sí que está fuerte la niña, piensa Adrián. La llave sube como tres pisos de altura, Mornell mira al cielo sorprendida: doce, quince vueltas, cuenta, y luego empieza a caer. Deprisa. La llave se desploma sobre su mano, pesada y dura. Mornell quiere ver si hace veinte vueltas, como en la Play.

–Allá vamos.

Toma aire, baja el brazo y arroja la llave hacia arriba soltando el aire de golpe. La llave se eleva dando mil vueltas, un molinillo, Mornell está encantada y una pizca sorprendida, suelta una carcajada. Cuando la llave empieza a caer Mornell se acojona un poco por la velocidad con la que lo hace. Pero la recoge al vuelo.

–Ole –grita Adrián.

Doscientos puntos. Vamos a ver ahora, piensa, vamos a tomarnos esto en serio, Mornell. Se agacha. Una. Dos. Y tres. Allá va. Y va. Y va. Y va. Y la llave se eleva tanto que ahora es apenas una línea en el cielo, ahora un punto y ahora ya no está. No está. Ha desaparecido. Mornell y Adrián miran al cielo con una sonrisa helada.

–Joder.

Ha desaparecido.

Dónde coño está la llave.

Y las gaviotas.

Y la música de la radio del Carabinero.

Por qué no hay nada ahí arriba.

Pasa un minuto.

Mornell mira alrededor. Adrián está allí, mirando hacia arriba, como Gastón. Por qué está el suelo tan caliente de pronto, ardiendo bajo el agua, viscoso, por qué hostias esta penumbra de las nueve de la tarde. Mornell mira hacia la playa, otra vez hacia el cielo, el horizonte, hacia el cielo otra vez y de golpe ahí está. Un punto allí arriba como una estrella negra. Inmóvil. Será un dron. No. No es un dron, está ahí arriba muy quieto. Veinte. Treinta segundos. Mirándola como una pupila. Adrián la ve allí, a lo lejos, pequeña, con los ojos desorbitados como un personaje de cómic. El punto sigue clavado en el cielo. Mornell parpadea. La mancha de pronto empieza a aumentar de tamaño, una mancha que se aproxima a una velocidad de vértigo, dando vueltas y vueltas cada vez más cerca, al tiempo que Gastón empieza a emitir un silbido cada vez más grave, un sonido no de perro, la mancha ya está a diez metros, a cinco, a dos, Mornell extiende la mano y entonces algo se posa perfecta y levemente sobre su palma como un objeto expuesto en la vitrina de un museo. Sobre la mano abierta de Mornell. Pero esto no es la llave inglesa. Esto no es la llave inglesa, no. Esto son las gafas perdidas de Broseta.

Jueves. 30. 27 ºC. Después de una noche entera sentado en el techo del Cooper, Adrián comprueba, a primera hora de la mañana, cómo las aguas empiezan a retirarse al revés de como llegan: discretas, silenciosas, sin ninguna prisa, dejando al descubierto primero los árboles, después la tierra firme, los campos y, ya cerca del mediodía, los círculos. Milagrosamente. Adrián se ha subido al techo del Mini y ahora está a cuatro patas comprobando cómo van asomando poco a poco los trazos circulares. Ahí siguen, como si no hubiera pasado nada, históricos, siempre iguales, como las pirámides de Egipto.

Le entra una euforia natural, refrescante, sin química ni aditivos, una euforia lejana que reconoce de cuando era niño.

Se echa a reír.

Su amiguete el abogado le hace otro bizum para los últimos gastos que quedan por cerrar del festival. En los restaurantes donde encarga el catering no parecen muy entusiasmados porque toda esa gente es vegana y no van a gastar y no harán otra cosa que usar los baños hasta reventarlos, si ya lo saben. Así que va a Valencia para alquilar los autobuses y para encargar las pulseras y a la Levantina para contratar un par de seguratas y a la Spook donde están tocando unos trance, los Psyboga, que contrata así de rápido, y después de todo eso aún le sobra un buen pico que le viene de escándalo. Vuelve a El Saler.

Reserva dos noches en el parador.

Se pega un homenaje.

Al día siguiente se dirige al camping, a tomar posesión de los terrenos como un mariscal de campo o un terrateniente inglés. Algo del año mil. La luna ya está en el firmamento a media mañana, otro fenómeno inexplicable, ese, y que siempre le sorprende, qué pinta la luna a plena luz del día. Transparente como una marca de tiza, se ve el cielo detrás, azul, recién lavado por el chaparrón de esta madrugada, sin una sola nube. Cuando llega, caminando, caminando al compás de una música que oye en su cabeza, se encuentra a Broseta. Sentado en una silla a la entrada. Parece que llevara ahí la noche entera, inmóvil, rígido, la cabeza apoyada en las manos cruzadas en la nuca, con esa incómoda

voluntad de hierro que hasta ahora no le ha llevado a ninguna parte.

–Carpe diem –dice Broseta.

Adrián pasa de largo. Está contento pero tiene resaca.

–Qué joven eres –le suelta Broseta–. No me había fijado hasta ahora, ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? Un chaval, un pipiolo. Eso es. Además, te has salido con la tuya, no hay nada como conseguir lo que uno quiere, verdad, para creer que está conquistando el porvenir, el futuro, venciendo a la desgracia y a la muerte para siempre, pero eso no es así.

–A ver, Broseta. Qué quieres.

–Nada. Nada. Despedirme.

–¿Te vas?

–Para siempre. Quién lo hubiera dicho.

Adrián no sabe qué decir. Ahora que Broseta quiere quitarse de en medio y va a dejar de incordiarlo lo ve con otros ojos. Es un viejo. Está ciego. Y está solo.

–Que te vaya bien –dice, de corazón. Uno es generoso cuando es feliz, además.

Broseta asiente como confirmando algo bueno. Chasquea la lengua. Se levanta despacio, como si hubiera acabado una representación, coge la silla y la lleva arrastrando hacia el bar, haciendo mucho ruido contra el suelo de cemento. Cuando llega a la puerta del bar se vuelve y levanta la mano para decirle adiós: tiene una expresión tan neutra, tan vacía, tan difícil de leer que a Adrián de pronto se le ponen los pelos de punta. Y hay algo más. El viejo se ha cortado la coleta.

33

Hay tres cajones con Trinas y otros cinco con Mahous junto a la puerta del bar del camping. Los ha visto esta mañana al pasar y, como no está Vicente para recogerlos ni Willy tampoco, ahora siguen ahí, a la hora de comer. El bar está vacío, oscuro, con las persianas de madera a medio bajar. El bar tiene ese aire de siempre de escuela de la URSS, con las tres mesas de hierro y esas sillitas de pupitre. En una de las sillas está sentada Mornell. Hoy lleva una camisa color champán, de vestir, una blusa que alguna clienta le habrá regalado y que le viene muy grande. La lleva por encima del peto. Además, se ha decolorado el pelo. Lo tiene completamente blanco. Si lo tuviera limpio parecería una santa.

–Mola tu pelo así –le dice Adrián. Mornell tiene una cara muy extraña, parece que estuviera de resaca y llevara horas o días ahí sentada. Con las dos manos abiertas boca abajo sobre la mesa.

–¿Qué? –pregunta como si se despertara, o al revés, como si preguntara algo a alguien en un sueño.

–Me gusta –dice Adrián señalando su cabeza.

–Ah. –Mornell se coge lentamente un mechón sucio y lo mira muy de cerca como si no fuera algo suyo. Luego lo deja caer.

–Ten cuidado con el oxigenado que te quema el pelo.

Mornell no dice nada. Pasados unos segundos se frota un tobillo contra el otro. Va descalza y tiene los pies negros de mugre, con arañazos, como si viniera del bosque. Adrián sabe que la niña es así, un poco lobo, una asilvestrada, alguna vez la ha visto irse a la cama con el culo del pantalón del pijama manchado de verde de haberse sentado en la hierba, de salir por el bosque de madrugada. Pero hoy parece distinta.

–¿Estás bien?

–Me quiero ir de aquí –dice sin levantar la vista de sus manos.

–Claro. Te llevo a donde quieras.Tengo que ir a Valencia en un rato.

–Me quiero ir de aquí, del camping, de este sitio, yo me voy, tráeme agua. Cuando pase el autobús de y media me marcho. Qué hora es. Quiero agua.

–Las dos y veinte.

–Las dos y veinte. De qué día.

–Del martes. Qué te pasa. Te has meado encima.

–Ay, Adrián.

–Agua no hay. Hay cerveza.

Adrián se acerca a Mornell y la coge por el brazo. Está fría como la pared de cemento.

–Qué ha pasado, qué te han hecho. ¿Te ha hecho daño alguien? ¿Eh? ¿Me oyes? Vaya cara que tienes.

Mornell coge una bolsa del suelo del Carrefour, la ha llenado con su poca ropa sin marca, una radio, su taladro.

–Qué me está pasando.

–Dímelo tú.

Mornell lo mira por primera vez.

–Anoche en la playa. Fue anoche, sí, aunque lo veo como ahora, ahora mismo. No había nadie, estaba buscando a Ocho otra vez. Y verás. Adrián. –Baja la cabeza. Mira por la ventana por el rabillo del ojo, buscando las palabras adecuadas ahí fuera–. A ver cómo lo digo.

–No será para tanto.

–Vas a creer que estoy loca.

–Te voy a traer un vaso de agua.

–O que me lo invento, o que me he comido uno de los cartones de Willy, pero nada de eso. Yo no quiero agua.

–¿Willy come cartones?

–Aquí todos comemos cartones, hijo.

–Eso lo explica todo.

–Eso no explica nada. Me tienes que escuchar.

–Está bien. Ocho.

–Estaba buscando a Ocho por la playa del muro. Más o menos. Creo. Sí, la playa del muro, ya sabes. Las once y media. Había una luz muy rara anoche, como cuando el cielo está cubierto, pero no había ni una sola nube, nada, y hacía un frío. Un frío. –Cierra los ojos.

–Creo que te voy a dar un Tranxilium. Tienes muy mala cara.

–Tengo que decir lo que he visto, no sé si me va a volver más loca decirlo o no decirlo, eso es lo que pasa, está dentro y fuera de mi cabeza, lo que pasó, por todas partes. Era como una bola. En el mar.

–Una bola.

–De agua. En el mar.

–Un torbellino.

–Una bola de agua en el mar, qué torbellino, no había aire, era agua, agua solo, como un balón de futbol, flotando en el aire, estaba ahí muy cerca de la playa, como a cinco metros de altura, flotando. El agua.

–Mornell, mírame.

–Y no había nadie más en la playa para ver eso conmigo. Ahí arriba flotando. Dando vueltas despacio. Era bonito, creo, sí, mágico, cosa de sueños. Bueno, el miedo no es bonito nunca.

–Sobre el mar. Mírame, Mornell.

–Una bola de agua ahí arriba.

–Voy a llamar a alguien, a quién quieres que llame, dame tu teléfono.

–Flotando.

–Voy a llamar a un médico.

–Con luz dentro.

–¿Hay médico en El Saler?

Mornell se levanta como una sonámbula. Parece que ha crecido dos metros en una noche, una giganta. Coge la bolsa, señala la salida, como en las obras de teatro, y dice muy alto:

–Ahí está el autobús.

Y luego sale arrastrando los pies como una vieja que se levanta de noche sin saber dónde está ni qué hacer.

Se le ha parado el coche. Es lo que pasa cuando no echas gasolina. Se ha quedado tirado en Pinedo, al lado de la rotonda del autocine, a 38 ºC. Sus muertos. Adrián sale y empuja el Cooper hasta dejarlo mal aparcado entre el ejército de palmeras enanas en una explanada de asfalto que hay por ahí. Baja y vuelve caminando hacia la carretera, donde espera pillar el autobús o a alguien que lo lleve hacia Valencia ciudad. Tiene que ir a la estación para recoger a su amigo el abogado. Hace un calor milenario. Camina por el lado que no es, solo para ir por la sombra, los coches le vienen en dirección contraria. Hace un calor, está de un humor de perros, el reloj se le queda pegado a la muñeca. Cuando suena el móvil no se toma la molestia de contestar. Si ya sabe que llega tarde. Atraviesa una nube de mosquitos, sucesivas nubes de mosquitos, lo adelantan los holandeses en bicicleta. Vuelve a sonar el móvil, un número sin identificar y ya van cuatro llamadas perdidas. Decide contestar.

–Adrián.

–Quién eres.

–He tenido este sueño.

–¿Mornell? ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

–Mejor que nunca. Estoy en Onda.

–Pues vale.

–Ven a por mí, estoy en Onda, en Castellón, he tenido un sueño tan raro que no sé si me ha pasado de verdad.

–Eso le pasa a todo el mundo.

–Salías tú.

–Vaya. Hombre.

–Tienes que irte del camping. Vete de El Saler, lo más lejos posible, eso me decía el sueño.

–Pero ¿estás bien? ¿Qué haces en Onda? ¿Con quién estás?

Ha llegado a la carretera principal donde encuentra un bar, al borde del arcén, más bien es la salita de una casa del pueblo, dos taburetes en la barra y la tele puesta con las noticias. Del tiempo.

–Willy también salía en el sueño –continúa Mornell. Su voz al teléfono suena como alguien de cuarenta años.

–Hay una ola de calor.

–Ay, qué triste es todo.

–Vamos a llegar a los 43 ºC. Póngame un tercio bien frío. Y una botella de agua.

–Marchando. Pero tendrá que ser para llevar, caballero, en diez minutos cierro que tengo que coger un tren.

–¿Va a Valencia? ¿Podría llevarme?

–Antes tengo que pasar por el autocine para recoger unas cosillas y luego derecho a la estación.

Las cosas a veces ocurren así, con estos meandros naturales, estas ramblas imprevistas y espontáneas que luego resultan el camino más corto.

–Muchas gracias, no sabe el favor que me hace. Mornell, a ver. Dime, que tengo prisa.

Pero Mornell ha colgado. En el móvil solo suena la señal de comunicando, esos sonidos regulares como cuando golpeas la mesa con los dedos, impaciente.

El coche del dueño del bar es una furgoneta de reparto que huele a caballo aunque un caballo ahí no entra. El señor es pequeñito, amable, sin pelo. Cuando llegan al autocine aparcan dentro y el señor sale del coche sin mediar palabra, se va hacia la caseta de los baños con una bolsa de plástico, vacía. Adrián no hace nunca preguntas incómodas. Se baja de la furgoneta.

El autocine está desierto. Es aún temprano aunque el sol acaba de ponerse, y todo, los árboles alrededor, el cielo, la pantalla, está teñido de ese azul pálido, mudo, vibrante y quieto a la vez del final de la tarde. Camina hasta el mismo centro de la explanada. No hay coches pero sí latas de cerveza y de coca que el viento hace rodar con ese ruido pobre de pueblo desierto. La pantalla es enorme, de un blanco

reflectante, perlado, muy frío y limpio. Eso piensa Adrián al verlo. Un blanco nuevo. Expectante. Esperanzador. Enciende un cigarrillo mirando todo ese futuro sin fin que se extiende frente a él ahora mismo. Luminoso. Aspira del cigarrillo. Suelta una bocanada de humo. Sonríe. De pronto le sorprende un resplandor muy leve en el borde de la pantalla que se apaga de inmediato. La pantalla deslumbra, blanca. Por qué el blanco siempre parece una promesa, piensa Adrián dando otra calada al cigarrillo, una promesa de cosas imposibles. Otra vez ese resplandor rosado, vuelve a encenderse. Una mancha que tiembla, anaranjada. Casi enseguida comienza a alargarse trazando una línea que va a atravesar lentamente la pantalla de izquierda a derecha, muy fina, casi transparente. Avanza, despacio. Adrián parpadea un par de veces pero la línea sigue ahí, parece líquida, ondula. Adrián permanece clavado en medio de la explanada. Las latas y las colillas ahora giran a su alrededor sobre el cemento, más rápido, aunque no sopla nada de aire. La línea en la pantalla empieza a ensancharse y a temblar y a hacerse, ahora sí, rojiza, veloz, abriéndose camino en lo blanco. Entonces Adrián cae en la cuenta de que la pantalla está reflejando algo a su espalda. Se gira. Y ahí está. El fuego. El incendio. El horizonte en llamas, el fuego vivo arrasando los campos de arroz, el fuego fallero, el fuego folclórico y caníbal y bestia, el fuego turístico y barato y eficaz, acabando con todo lo que se le pone por delante.

A Broseta se lo lleva la Benemérita con las manos esposadas a la espalda, como en los viejos tiempos, aunque él, que no solo no se ha resistido sino que se ha entregado directamente en el cuartelillo, va más tieso que una vela hacia el coche de guardia, con su cuerpo duro y la ropa grande y las cangrejeras esas. Adrián no tiene ni idea de cuánto le va a caer por quemar los círculos, incendiar el campo de arroz, pero piensa que una buena temporada. El campo ha estado ardiendo la noche entera, con unas llamas bajas y poco decididas, un tanto ridículas. Olía a gasóleo y a humo cuando Adrián llegó, los camellos de la cabalgata se habían reunido los tres muy juntos a mirar el incendio como si finalmente hubieran llegado al pesebre, y a Adrián el panorama, la gente del pueblo allí plantada, aplaudiendo a ratos, echándose unas risas también, la humareda blanca en el cielo negro, le producía una sensación rarísima, había un gramo de euforia, de alivio en su enorme cabreo, y de pena. Y mucho cansancio. Mira el fuego, mira el fuego, decían, qué hermosura, eh. Las faldas floridas de las señoras se hinchaban con el calor, los niños se acercaban un poco como si el fuego fuera un animal al que hay que perder el miedo, domesticar, con el que hay que llegar a un acuerdo, aunque el que no tiene miedo, y eso lo saben, es el fuego.

De los círculos, por la mañana, no queda ni el menor rastro, absolutamente nada. Niente. Res.

Qué silencio. Qué silencio. Está todo tan quieto que el bosque parece una fotografía gigantesca de un bosque, una Kodachrome de miles de verdes intensamente diferentes y sombras de tinta china. El pinar se ha salvado del incendio, milagrosamente. La carretera ha hecho de cortafuegos y Adrián comprueba que el bosque sigue en su sitio, impasible, intacto, eterno. Los pasos de Adrián apenas suenan sobre la pinaza y la tierra virgen. Quiere comprobar por última vez si Willy ha vuelto, antes de marcharse de aquí para siempre. Camina despacio porque no sabe dónde está, mira al cielo para ver si hay estrellas pero aún no ha caído la noche. Conoce de memoria el camino hacia el kiosco, podría ir con los ojos cerrados, pero por alguna razón ha tomado el sendero que no era y ahora no reconoce nada, estas ramas cubiertas de musgo, el liquen blanco, fluorescente, los helechos que no había visto nunca y que parecen suecos, gélidos, nórdicos, no de aquí. Se ha perdido, en el bosque. Solo le falta el lobo. Camina y se detiene. Mirto, enebro, lentisco. Viento del sur. De pronto le asalta un ruido. Se detiene. A ver. Sí. Es lo único que se oye allá al fondo, en lo profundo del bosque, algo que se casca. Silencio. Da unos pasos. Y otra vez. Clac, clac. Camina. Clac, clac. Alto y claro. Es allí, detrás de unas secuoyas. ¿Unas secuoyas? Clac, clac. Unas secuoyas y unos abetos Douglas, los preferidos del agente Cooper. A medida que se dirige hacia el ruido le parece que los árboles se acercan entre sí y luego se apartan como dejándole paso, un espacio cada vez más estrecho que lo conduce, de repente y sin venir a cuento de hadas, al kiosco del Carabinero.

El kiosco está apagado, y sin música, y sin el Carabinero. Quien está es Willy. Partiendo pipas con los dientes. Mirándolo como si supiera muy bien que iba a aparecer en ese momento.

Clac.

Clac.

–Joder, Willy. Pero qué haces aquí.

Willy ahí metidita como en un escaparate o una capilla fúnebre.

Clac.

–Di algo, Willy.

Y clac.

Willy tiene la cara un poco rara. Parece que se ha pintado pero muy mal, con un maquillaje color arcilla que le cubre también los labios y unas profundas ojeras pardas de after.

Clac. Clac.

–Hola, Adrián.

Y esa voz. A quién se ha comido esta, piensa Adrián.

–Al Carabinero –suelta, ronca, como si le hubiera leído la mente.

–¿Qué haces aquí? ¿Dónde estabas? ¿Qué cojones ha pasado?

Willy mastica su pipa muy despacio. Luego se retira la cáscara con los dedos y la tira al suelo.

–Me caí a la fosa séptica –susurra, afónica, después de unos segundos.

–¿Cómo dices?

–Que me caí a la fosa séptica, como era de esperar.

Lleva puesta una túnica amarilla de los hare krishnas y su manta color fucsia del Tiger. Tose un poco para aclararse la garganta y al hacerlo se pone morada bajo el velo blanco de la piel.

–Qué mala cara tienes.

Willy suelta una carcajada como la que soltaría un perro de mil quinientos años.

–¿Qué día es hoy? –pregunta.

–¿Martes? Creo.

–Año, joder.

–¿Dónde has estado metida? ¿Sabes que no he parado de buscarte? ¿Por qué no contestabas mi llamadas? Joder, Willy. ¿Sabes el follón que se ha montado?

–Yo lo sé todo. Y tú no sabes nada.

–Se ha quemado el camping.

–Y qué.

–Y el sembrado y los círculos, cómo que y qué. A ti qué te pasa.

–Déjame acabar, Adrián. Que tú siempre estás igual.

–Es que han pasado muchas cosas.

–Ya, ya. Más de las que te imaginas.

–Y ninguna buena.

–Mira, me tienes que escuchar, Adrián. –Ahí vocaliza bien su nombre como se hace con los sordos o con los guiris–. La noche de la fiesta, me oyes, no salió. Bien. No, bien no salió, lo de la fosa, no. Mal.

–Ya.

–Mal, muy mal. No cogí la mascarilla, fui sola, sin el móvil, a pelo, hice todo lo que dice el libro que no hay que hacer. Bueno, llevaba unos guantes de goma y ya está. Era muy tarde, estaba Ocho por ahí, y ni un alma, todos durmiendo la mona. Salté dentro de la fosa y empecé a meter una manta para taponar la tubería y de pronto, sin darme cuenta, porque los gases tóxicos no te das cuenta de que están ahí, solo huelen mal, me intoxiqué. Fue todo de golpe, así –dice chasqueando los dedos– sin más. Me intoxiqué, me envenené y me caí redonda. Con porquería hasta la cintura, de todas las texturas y colores, al fondo. Me fui a la mierda, y nunca mejor dicho. Vaya forma de morir.

Willy lanza un suspiro de novia que apesta la noche entera.

Una lagartija albina trepa sobre su brazo y se queda ahí, quieta.

Willy no hace nada por retirarla.

–De morir –repite Adrián.

–Eso he dicho.

Adrián suelta una carcajada. Estos valencianos. Están tronados.

–Muerta, muerta.

–Vale, Willy.

–Vicente me descubrió muy temprano por la mañana. Yo lo vi, muerta como estaba, se ve todo, sabes. Me vio ahí al fondo y se largó acojonado. Creyó que era culpa suya y todavía está corriendo. Pobre Vicente. Pobre chaval. Sí, de morir, de qué te ríes. Pero si yo estoy muerta, no lo ves. No lo ves. No tengo uñas. Y este pelo.

Adrián, que tiene la mano sobre el mostrador del kiosco, empieza a retirarla muy despacito.

–Todo lo que como sabe igual –continúa–, a nada, a cartón, como de puro aburrimiento. Pipas de cartón. Soy un fantasma.

–Un fantasma.

Willy bosteza, se frota un ojo, se le desprenden todas las pestañas.

–Yo te entiendo perfectamente, estas cosas no estamos preparados para creerlas, yo tampoco me las creía y mira dónde estoy ahora, en un portal al otro lado, en el kiosco del Carabinero. Quién lo hubiera dicho.

–Muy bien, Willy. –Le sigue la corriente, una corriente que no le gusta mucho por dónde está tirando–. Y por qué has tardado tanto en manifestarte.

–En manifestarme, sí, con quince mil fantasmas y una pancarta, POR UNA VIVIENDA DIGNA, delante del ayuntamiento. Pues no sé lo que he tardado porque no sé ni qué día es hoy, el tiempo de este lado va de otra manera, las cosas se recuerdan desordenadas, no sabes qué va antes o después, soy una novata. He estado en portales que no eran: en un colegio en Minnesota, en el móvil de una viuda de Palermo, Buenos Aires, en un ascensor de una peli de A24, hasta dar con el kiosco. Un viaje. A ver, siempre damos por sentado que la curva de aprendizaje es hacia arriba pero a veces es hacia abajo, en mi caso ha sido muy hacia abajo, pero luego me he recuperado y aquí estamos. Porque te digo una cosa. Ahora lo sé todo. De este lado se sabe todo, cuando ya no sirve para nada.

–Y qué es lo que hay que saber.

–Que te tienes que dejar engañar.

Willy tiene los ojos que son solo pupila, tan negros que reflejan como el azogue más puro, tanto que parecen transparentes. Reflejan el bosque entero.

–Claro, Willy, si yo te creo.

–No me entiendes.

–Venga, sal de ahí y nos vamos, aquí ya no pintamos nada –dice, aunque lo que quiere es irse él solo, sin esta loca o lo que sea.

–No me escuchas, no. Adrián no escucha. Te crees que lo sabes todo pero no eres lo bastante ingenuo. Eso te pasa. –Willy coloca la barbilla sobre la mano abierta y el codo sobre el mostrador, como si fuera del siglo XIX. Ese meñique rizado–. Toca mi cara.

Adrián duda un segundo. Está empezando a notar algo en la boca del estómago que no le gusta ni un pelo. Extiende del brazo y le toca la mejilla.

–¿Y?

–No te parece, qué sé yo, ¿diferente?

–Húmeda.

–Húmeda, dice. –Parece decepcionada–. ¿Nada más?

Adrián se encoge de hombros.

–Pues vaya por Dios –suspira Willy. Se queda un momento mirando al aire, al vacío universal, no al de aquí, y luego se levanta y abre la puerta trasera del kiosco.

–Ven –le dice a Adrián–. Igual solo hay una cosa que sé hacer.

–¿A dónde?

Willy camina unos pasos hacia el bosque, lleva unas chanclas muy grandes, robadas probablemente, color lima fosforescente.

–Tienes que ir detrás de mí. Joder, cómo has adelgazado. Vamos por allí –dice sin señalar a ningún parte.

Adrián mira el kiosco vacío, sin luz, que se queda abierto.

–¿Y el Carabinero?

–Me lo he comido. Ya te lo he dicho.

Willy se dirige al sendero frente a Adrián, sin volverse para nada, un

mito griego. Le ha crecido mucho el pelo, parece el Cristo de las procesiones, y camina sin dudar, girando aquí y allá sin rozar ni mover una rama ni una hoja a su paso, la dueña del bosque, como si dijera, con ese paso suyo majestuoso: Aquí estamos. En este bosque de la Dehesa de la Albufera, en este sitio apartado de ciudades gordas y de autopistas de peaje y de aeropuertos internacionales. Lejos del ruido. Lejos de las cosas rápidas, de los semáforos, los megapíxeles, los hologramas, aquí con toda esta vegetación y esta naturaleza desbordante, milenaria, caliente, en sitios crudos donde parece que no va a pasar nada nuevo nunca, es aquí, sí, en medio de lo salvaje, donde en realidad empieza el futuro. Un fantasma no necesita el 4K. Un fantasma no necesita el 5G. Un fantasma no necesita el metaverso ni la ciencia ficción para mostrarse. Los fantasmas son de verdad principio de todo lo moderno.

La noche, o el anochecer, han caído de golpe y Adrián tiene que mirar muy bien por dónde pisa. El bosque tiene ya ese color que no lo es. Algunas veces al levantar la vista Willy ha avanzado cien pasos, no la ve pero sí vislumbra el chisporroteo acrílico de la manta al rozar su cuerpo, a lo lejos chispazos como bengalas que avanzan entre los árboles, y oye la respiración pesada de Willy, suena como si la tuviera al lado, y nada más. No se oye nada más. Al cabo de un rato, al levantar la vista, se encuentra con que han llegado a la playa. Muy quieta. El mar.

–Aquí estamos –dice Willy.

La playa está desierta. Adrián mira la hora y ve que son las cinco de la madrugada, y no hay nadie, como es de esperar, pero las farolas siguen encendidas tan tarde. O tan pronto.

–Es aquí –dice Willy mirando hacia el horizonte. Y señala.

–El qué.

Willy suspira. Se quita la manta acrílica, que cae despacio a sus pies. Debajo lleva la túnica krishna atada como un pareo. Luego se cruza de brazos.

–¿Te gustan las sorpresas?

–No.

–A mí tampoco.

Willy se frota las manos y luego vuelve a cruzar los brazos, incómoda,

o como esperando algo que no le gusta nada.

–¿Qué estamos haciendo aquí? –pregunta Adrián, mirando a su alrededor por si están esperando a alguien más.

–Ve a ver cómo está el agua, Adrian. –Va a morderse las uñas pero se da cuenta de que no tiene.

–Por qué. Para qué.

–Porque lo digo yo y los muertos siempre llevamos razón.

Adrián camina unos pasos hacia la orilla. La arena está viscosa y tibia. Se agacha y espera unos segundos a que llegue esta ola, una ola que viene rodando a cámara lenta, la espuma batida, blanca, fermentada.

–Está caliente –dice sorprendido.

Willy no dice nada. Adrián entra en el agua, se moja los pantalones, avanza hasta la rodilla. Se vuelve a mirar. Pero Willy no está ahí. Mira alrededor.

–Willy.

No está en la playa ni en el bosque a su espalda.

–¡Willy!

Mira hacia el mar, apenas iluminado por las farolas. El horizonte, negro, y ese ruido marrón del oleaje, que no se acaba nunca, el sonido más viejo del mundo. Apesta a algas podridas.

–¡Willy! ¡Me voy! ¡No tiene gracia!

Va a salir del agua cuando oye un fuerte aleteo sobre su cabeza. Levanta la vista. Ahí arriba, a unos veinte metros de la superficie, está Willy. Suspendida en el aire, inmóvil. Solo se ve el ruedo amarillo de la túnica, sus piernas colgando, los pies sucios en las chanclas.

El resto del cuerpo está en lo oscuro.

–Nop –piensa Adrián.

Flotando.

Quieta.

–Nop.

Adrián cae de rodillas, el agua le llega a la cintura, se encoge mientras el cuerpo de Willy empieza a elevarse muy despacio, centímetro a centímetro, ya solo se ven sus piernas, lentamente, ya solo los tobillos, las chanclas, ya solo las puntas de sus dedos, y ya nada. La noche se la ha tragado entera. Entera.

Pasan uno, tres segundos.

–Willy.

Un resplandor verde en lo oscuro, de pronto, y una chancla cae desde arriba, girando,

girando,

girando,

girando,

hasta estrellarse con un chapoteo contra la superficie del mar.

España es plana como el planeta Tierra. Es fea y es plana y sin misterio, al menos por la Mancha. Tanto que se diría que hay mucho más cielo, como si se desplegara más noche, como un telón, hasta abajo del todo, y las carreteras y autopistas y coches parecen muy pequeños en el horizonte. Que no se acaba nunca. La luna, sin embargo, está enorme, redonda, calcárea, y los árboles proyectarían una sombra totalmente negra y precisa sobre los campos si hubiera árboles, pero no los hay. Estamos en la Mancha. Lo que sí hay son molinos de viento, eléctricos. Altísimos, pálidos y flacos, las largas aspas rematadas con pilotos rojos que se mueven lentamente en esta noche quieta, luces rojas girando despacio, suspendidas en el aire. Mensajes, códigos, señales elegantes. Se oyen las aspas cortando el aire como las espadas chinas y a veces el maullido agudo de Ocho, que va ligero sobre la hierba pajiza, campo traviesa donde no hay nada. Ocho está en todas partes.

Unos metros más atrás le sigue Vicente. Camina despacio, sin cordones en las zapatillas ya; lleva tanto tiempo a la fuga, atravesando campos, pueblos nocturnos, ríos secos, que se le ha pelado el interior de los muslos del roce con los vaqueros. Duermen de día. Caminan de noche. Dejan atrás los molinos, plantados como ejércitos sobre las colinas. Algo más abajo corre la autopista. No hay ni un coche en este momento. Son las cuatro y veintisiete de una madrugada de noviembre que parece agosto. Vicente deja caer a plomo la mochila y luego se sienta en la hierba. Está tan seca que parece gris y cruje con su peso. Saca un sándwich y una lata que ha mangado en una gasolinera y Ocho se acerca ligero, de un salto se sube a su hombro y le lame los dedos. Tiene las uñas negras, saladas. El pelo muy sucio. Los dos. Mastican despacio para que les dure, se estiran, charlan un rato. Cuando acaban, Vicente guarda el envoltorio, no quiere dejar pistas de su paso, se tumba boca arriba. Ocho se va a mear por ahí en medio del campo. De pronto Vicente escucha un ruido a su espalda. Como algo que se rasgara o una crepitación. Vicente se vuelve. No hay nada ahí. Se tumba de nuevo, da un trago a una lata. Llama a Ocho pero Ocho no responde. El suelo empieza a vibrar, apenas se nota. Vicente se levanta. No se da cuenta pero se le ha encrespado el pelo, que lo lleva largo, como si le hubiera dado un calambre, lo tiene todo de punta como en los cómics. El ruido se detiene unos segundos. Y luego se reanuda. Ahora suena como la aguja de un tocadiscos al rozar

el surco del vinilo. Ocho de pronto está ahí, junto a Vicente, quieto, de piedra, un gato egipcio, los ojos de ópalo, las orejas de punta, el pelo también erizado. Vicente se dirige a la cima de la colina. Ocho se acerca a él, y miran. Frente a ellos, a unos pocos metros, la hierba se está moviendo. En dirección contraria al viento. Como aplastada por un peso invisible, dibujando un abanico enorme, despacio, un torbellino muy lento de gravedad mil que empieza a tumbar, a peinar la hierba a la fuerza contra el suelo, formando un remolino gigante que se va cerrando despacio ante sus ojos hasta completar un círculo perfecto, plano, enorme, el punto de la interrogación de la pregunta de mil millones de años.

El punto de interrogación de la gran pregunta.

La pregunta del principio.

La pregunta del final.

La respuesta es SÍ.

AGRADECIMIENTOS

A Kiko Amat, por su lectura atenta y sus consejos y su ánimo incansable. Y para Ricardo, Mónica, Eugeni, Bernardo, Guille, Santi, Mireia, Jorge y Ulric. Mi gran familia valenciana. Todos guapos.

Edición en formato digital: febrero de 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2262-5

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es